MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

JORNADA

MAGAZINE MULTICOLOR DE LOS SABADOS

Suplemento Núm. 2 | SABADO, AGOSTO 15 DE 1931 | Edición de 8 páginas



EN la villa de Compiegne habitaba un rico burgués, muy cortés y sabio y muy metido en asuntos de varia y considerable importancia, siempre dispuesto a atender por igual modo a los pobres como a la gente adinerada y principal hombre que, sin llegar a ser de condición avara, era para el reparto de su moneda muy cauto. Tenía este burgués un solo hijo, apuesto galán, que durante su juventud hizo correr bien el caudal de su padre, a tal punto, que hasta otras ciudades llegó la fama del valor y de la esplendidez del mozo.

Vecino de ellos vivía un hombre modesto y humilde en extremo, padre de una bellísima doncella, con la que trabó el galán conocimiento y de la que se prendó hasta importunarla en tal grado con sus pretensiones amorosas, que la damita le tuvo que decir claramente que cesara en su acoso si no pensaba en hacerla su esposa. Añadió que le recibiría gustosa en cambio si pretendía hacerla su mujer como era debido.

—Es de mi agrado oiros hablar así — le contestó el apasionado galán —, y para demostraros que mi intención es la de un hombre de bien — añadió — prometo daros cuantas pruebas me exijáis.

* * *

TAN pronto como pudo, el mozo le dijo a su padre lo ocurrido, pintándole con los más encendidos matices la pasión por la doncella, pero el padre, al oír la pretensión de su hijo, se opuso y le amonestó duramente.

—Mejor te hubiera sido, hijo mío — le contestó el padre —, no comunicarme tan mala idea, pues sabes lo poco que es para ti esa mujer, que no sirve ni para descalzarte. Mi deseo es verte lo más enaltecido posible.

Advirtió el galán, al oír a su padre, que nada iba a conseguir de lo que se proponía; pero como el amor esclaviza a los seres, ya el mozo era víctima de la llama que no le dejaba pensar sino en su tormento adorado.

Sucedió que tres días después murió en la ciudad la mujer de un acaudalado caballero, y luego de pasado un mes del fallecimiento de la dama, el viudo entró por medio de unos amigos en relación con la doncella de que estaba enamorado el mozo; y tan rápido estuvo el viudo en su decisión, que hablando y convenciendo a la damita, en pocos días se casó con ella.

* * *

AL ver aquello, el galán quedó consternado. Vestíase con un traje de paño de Inglaterra, tinto en color grana con cuchilladas de tono verde, profusamente adornado con ricas guarniciones y bien forrado con piel de ardilla. Y era de ver lo gentil y bello que parecía ¡el que ahora tiene demudado y pálido el rostro!

(Continúa en la página siguiente)

BOCETOS DE NUESTRA CIUDAD

EL carromato encabeza la serie, le sigue el coche de plaza, a éste el ómnibus, a éste el colectivo, a éste el taxi o el auto particular.

La serie, como se ve, invierte la razón de la velocidad. Delante el más lento, atrás el más veloz.

Hay dos enemigos reconciliables en esa hilera. Todos han mirado con desconfianza y con rabia al que venía atrás. La ciudad del carro se indignó con la ciudad del coche; la ciudad del coche se indignó con el tranvía, y así sucesivamente. Pero fué una indignación pasajera. Al cabo comprendieron que podían vivir juntos o que era fatal que uno de los dos desapareciese.



¡Cómo se la metió el ómnibus al tranvía!

Se Odian a Muerte ★ El Cartero Permanece

¡Cómo se le metió el ómnibus al tranvía! El tranvía era dueño de la ciudad. Había vehículos más diligentes; pero ¡de aquí a que cada uno pudiese tener su auto! No tenía rivales. De pronto, apareció el ómnibus, todo destartalado, loco, peligroso, y lo desbancó.

Es la historia de hoy mismo. Aun se leen en los vidrios de las ventanillas de los tranvías los pasquines de la polémica. El más certero de todos, el siguiente: "La vida es breve. Prefiera seguridad a velocidad." ¡Pum! El tiro en el ojo.

Pero ni con esas. El ómnibus se adecentó, se tranquilizó, se perfeccionó, y ganó la polémica silenciosamente, nada más que con seguir corriendo.

El tranvía no se lo ha perdonado, no podía perdonárselo. Mientras él tiene el andador que no le deja iniciativa en toda la ciudad, el ómnibus marcha solo. Ya puede dar vueltas por las calles urbanas el tranvía: no puede salirse de sus paralelas. El ómnibus zigzaguea y pega el esquinazo si se ha interrumpido el tráfico porque un vigilante escribe en la libreta o hay clavada en el entarimado una bandera roja.

El tranvía odia a muerte a su rival. Le ha ganado la calle y tendrá que irse a las nubes o al subsuelo si desea tener campo propio.

Y al ómnibus parece que le da rabia no haber venido antes.

NO suelo venir por la mañana a la ciudad. A la mañana es justamente cuando andan con más frecuencia los carteros. Hoy vengo y me encuentro con uno.

El cartero va diligente, abstraído, sin más preocupación que la de las direcciones domiciliarias que debe encontrar. Para él la ciudad es toda números. De cuando en cuando, calles. Alguna vez, nombres.

Lleva el cartero su valijón, pendiente de la correa que se apoya en el hombro. El valijón se zangolotea sobre la cadera en movimiento y se despanzurra con la correspondencia acaparada. Parece el cartero un escolar grandote que va haciendo en todas las casas del camino el chiste de llamar a la puerta y seguir, para que rabien la vieja o la sirvienta o el portero.

El cartero camina. Diariamente tiene que hacer el mismo extenso trayecto; pero camina siempre.

Todo ha progresado en la ciudad: los tranvías nos conducen, los ómnibus nos hacen disparar, los autos nos dan la sensación de patinadores sobre una nieve negra. Todos hemos acelerado el ritmo de nuestra vida, merced a la maquinaria.

Sólo el cartero continúa como hace un siglo, haciendo su extenso trayecto a pie, andando, moviéndose por tracción a sangre, imposibilitado de usar la maquinaria que en todas las demás actividades ofrece el progreso.

El cartero camina. ¿Cómo hace un siglo? Peor. Hace un siglo iba a caballo. Hoy no puede ir a caballo siquiera. El progreso le ha quitado el pingo y no le ha traído un auto. Retrocede. El progreso es un mito para él. Es fatal para él.



El cartero va abstraído..

Y lo peor es que no se adivina la posibilidad de que el progreso pueda dotar de medios más modernos y más cómodos al cartero. ¿Cómo podría repartir su correspondencia de casa en casa? ¿En aeroplano? ¿En monopatín?

El cartero de la ciudad no es un valor histórico: no evoluciona. Es fijo como los conceptos de Platón. Cuando lo veo en mi suburbio quieto no me impresiona. Aquí, en la ciudad, en el estupor del tráfico mecánico, me parece un trozo de vida que permanece, lo que es contradictorio, pues la vida sucede; si permanece no es vida.

El cartero camina. Me detengo, giro cuando pasa, lo miro cuando se aleja. Es el tiempo quieto.

(Continúa en la página 7)

★ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★

La Esclavina Roja

(Viene de la página anterior)

Un día salió de su morada con la cabeza cubierta solamente por una caperuza y se dió a vagar por la ciudad, en donde sin saber cómo ni cuándo llegó a encontrarse ante la vivienda de su amada.

Aunque hacía un calor propio del rigor del verano, el galán estaba decidido a sufrir su tormento y martirio pacientemente, con tal de hablar a su amada, y mientras pensó en ello, con más firmeza se afirmó en que así había de ser.

Posó entonces su vista en una modesta casita a la que se dirigía cruzando el camino una vieja zurcidora, que poco después vino a sentarse junto a una de las ventanas bajas de la vivienda humilde.

* * *

COMO atraído por misterioso poder, llegóse el galán a la viejecita y entonces ella, muy astuta, le preguntó qué cosas nuevas se decían por la ciudad y si el galán seguía tan distinguido y considerado por todos.

La anciana se llamaba Auberée, y no hubo nunca mujer, por muy guardada y oculta que estuviese, que con sus artes no se la atrajera. El mozo le pidió auxilio, narrándole palabra por palabra con cuánto ardor quería a la doncella vecina y ofreciéndole a la vieja cincuenta libras si conseguía hacerle llegar hasta su amada. A lo que contestó la vieja:

—Quien la guarde no podrá ya evitar el que la hables durante algún tiempo, aunque la tenga encerrada a piedra y lodo. No tardes en buscar tu dinero, que yo me encargo de resolver el asunto.

* * *

CORRIO el galán en busca de un cofrecillo repleto de oro que sus padres habían ahorrado, lo abrió, sacó las monedas necesarias y volvió con ellas a la morada de la madre Auberée, a la que mostró las cincuenta libras. Pero aun el contrato no estaba perfecto, porque era preciso añadir algo más que la vieja exigía.

—Has de darme tu capotillo rojo — decía la vieja.

Y el mozo, que a todo obedecía sin contradecirla, hizo lo que le indicó, porque el amor le tenía cautivo.

Dobló luego la madre Auberée la esclavina roja en menudos pliegues y se la guardó debajo el brazo. Se levantó de su asiento, se cubrió con un jubón y se fué a la casa de la bella dama. Como era día de mercado, sabía que el marido no estaría con su mujer. Entró en la casa y le dijo:

—Que Dios sea con vos, mi amable señora, y que tenga piedad de la otra difunta, por la que mi corazón se enternece pensando en las veces que me honró con sus audiencias.

* * *

LA dama contestó:

—Bienvenida seáis, madre Auberée. Venid, venid y sentaos junto a mí.

A lo que añadió la vieja:

—Vengo a veros, señora y dueña mía, porque había en mí un gran deseo de llegar a vos y he de deciros que no traspuse el umbral de la puerta de esta casa desde la muerte de vuestra antecesora, la que por cierto nada me negó de lo que yo le pidiese, haciendo constar en favor suyo que si lo que yo solicitaba era penoso, ella lo hacía simple y fácil.

Y llegado a este punto el discurso, la atajó la dama para decirle:

—Madre Auberée, supongo que de nada tendréis necesidad; pero si de algo carecéis, decidlo.

—Pues así es, señora, que de algo carezco y vengo a veros porque mi hija padece de un dolor en el costado y le sentaría muy bien un traguito de vuestro vino blanco y un trozo de vuestro pan casero; pero deseo que de cuanto pido me deis corta ración, porque me avergüenza el pedirlo; pero es tan angustioso el estado de mi hija, que por ella lo hago y de tal modo ruego, aunque no mendigo jamás.

—Pues lo tendréis todo — contestó la dama.

* * *

Y la vieja, muy ducha en artilugios, hipocresías y malicias, se sentó junto a la señora y le dijo:

—Mucho me alegra oír hablar tan bien de vos. — Y añadió: —¿Cómo está vuestro marido? ¿Os pone a todo buena cara, sin haceros de menos? ¡Oh, qué cariñoso y tierno era para la otra, a la que satisfacía el menor de sus caprichos! — Y prosiguió: —Me gustaría ver vuestro lecho, para saber a ciencia cierta si vuestro esposo os tiene tan bien instalada y atendida como a su primera mujer.

Se levantó entonces la señora y tras ella la madre Auberée, y entraron en una próxima estancia, en la que había, entre otras cosas, muchas clases de pieles esparcidas y paños de seda y terciopelo. Y mostrando a la vieja un gran lecho, dijo la dama:

—Aquí se acuesta mi señor y a su lado reposo yo.

* * *

LA cama estaba cubierta por un cobertor blanco, y bajo él asomaba una colcha. Prendió entonces la madre Auberée una aguja en el capotillo que llevaba bajo el brazo y en él envolvió también un dedal, y luego lo ocultó todo con disimulo. Mientras la dama seguía mostrándole el ajuar, la vieja ladina deslizó el capotillo por debajo de la colcha, a tiempo que decía:

—Desde Pentecostés no he visto lecho más ricamente ataviado y dispuesto. Me parece que estáis aún mejor atendida que la otra.

Y mientras la vieja hablaba de corrido, la dama le entregó un cuenco de vino, una hogaza de pan, una monedita y una olla bien repleta de arvejas.

* * *

SE marchó en seguida la vieja y pronto llegó el marido, que venía de la ciudad de ultimar sus asuntos y con ganas de acostarse a dormir, y así lo hizo; pero advirtió que debajo de la colcha había algo que se levantaba y abultaba, y por ello empezó a sentirse molesto y, alzando entonces la cobija, extrajo de debajo de ella la oculta esclavina.

Tanta pena le produjo al marido tal hallazgo y tan paralizado quedó todo su ser, que si le hubiesen asestado una cuchillada no hubiese salido de él una gota de sangre.

—¡Ay de mí! — exclamó. — ¡Me ha traicionado la que nunca me amó!

Llegó entonces hasta la puerta, la cerró y, desdoblando el capotillo, movido todo él por los celos, que es el peor de los males, examinó la prenta por dentro y por fuera, como si fuera un pensó todo, tan lleno estaba de dolor y de ira.

—¡Ay de mí! ¡Qué pensar de este capotillo! — repetía, creyendo que era del amante de su mujer, que con su belleza se había solazado.

Arrojó la prenda a un lado y, recostándose entonces sobre el lecho, pensó qué haría. Pero cuando más cabilaba, más iba confundiéndose.

* * *

LLEGADA la noche, y cuando la puerta estuvo cerrada, echó por otra a la esposa de la morada conyugal, y ella, que nada sabía de lo ocurrido, casi perdió la razón.

Pero la madre Auberée, que estaba vigilante, se llegó a la desconsolada esposa y le preguntó:

—¿Qué haces aquí, hija mía?

—¡Ay, madre Auberée! Me encontráis tan desvalida porque mi marido se ha enojado conmigo; pero os aseguro que ignoro el motivo de su enojo. Vos, que sois tan bondadosa, ¿queréis acompañarme a casa de mi padre?

—No seré yo quien cometa tal imprudencia — le respondió la vieja. — ¿Queréis acaso que vuestro padre os riña suponiendo que vuestro esposo tenía razon para proceder así?... Preferible será esperar a mañana, acaso estaba borracho vuestro marido, y lograremos, cuando le haya pasado la embriaguez, que de nuevo os acoja.

—Mi consejo —prosiguió la anciana—, inspirado en la mejor fe, es que ahora os vengáis conmigo, aprovechando la soledad de las calles, y ya en mi casa, al pan, la carne, el vino y las arvejas que me disteis hemos de darles mejor empleo que el que creíamos en un principio. Quiero devolveros el buen servicio que me hicisteis antes, y que todo sea en beneficio vuestro. Y estad tranquila, que habéis de reposar en habitación bien reservada y no sospechaba por nadie, hasta que vuestro marido recobre el juicio perdido por el vino.

* * *

CONVENCIDA por tales razones, accedió la dama. La vieja la condujo a su casa. Ya en ella, le dijo:

—Hermosa mía: por una semana entera podéis guareceros aquí, que durante este tiempo nadie sabrá dar con el escondite.

Pretendió luego la madre Auberée hacer comer a la huéspeda; pero se resistió la damita, alegando que Dios no habría de ver con buenos ojos que se alimentase sin antes conocer la causa de su dolor y su vergüenza.

Nada replicó a esto la vieja, por evitar más alegatos y razones, y se limitó a acompañar a la señora a una alcoba próxima, para que allí se acostase entre finas holandas y rica colcha.

La astuta anciana la cubrió y la arropó, y no dejó abierta la puerta, sino que la cerró con llave, para después salir despacito de casa y dirigirse a toda prisa en busca del galán.

El galán estaba desesperado, pensando en su amor. Cuando la vieja le dijo que tenía en su casa a la dama de sus pensamientos y que podría verla al instante, él sintió revivir y corrió tras la vieja.

* * *

YA en la morada de Auberée, el mozo penetró en la habitación donde reposaba la dama.

—¡Oh, bella mía! — le dice el enamorado. — Hasta vos llega el dulce amigo al que tanto dolor causasteis, pero el que todo lo arriesga por haberos querido tanto.

—De qué podría valerme — contestó ella — el que yo ahora gritase pidiendo auxilio. Seguramente acudiría gente extraña.

—Así sería — contestó él, — y no creo que os conviniese el que de tal suerte quedaseis en vergüenza.

* * *

AL romper el alba del siguiente día se levantó la madre Auberée, y del mejor modo que pudo preparó unas sabrosas magras y unos muslos de capón asado, que la enamorada pareja se encargó de despachar con buen apetito.

Y cómo comieron, bebieron y aceptaron los solícitos cuidados de la madre Auberée.

Al tercer día, cuando se oyó el toque de maitines de la abadía de San Cornelio, la madre Auberée invitó a la dama a ir con ella al templo, donde debía rogar porque el marido volviese a acordarse de ella. Quiso el galán disuadir a la vieja, pero ella dijo:

—Dejadme que yo proceda como conviene, que así podréis recobrar vuestro amor, volviendo a gozar del deleite de su belleza.

* * *

LA madre Auberée se proveyó de cuatro cirios, cada uno de más de un metro de altura y con ellos salieron de la vivienda de la vieja, ésta y la damita.

Juntas llegaron ante el altar de Nuestra Señora, y la madre Auberée hizo tenderse en el suelo a la dama y prendiendo en una lámpara encendida los cuatro cirios dispuestos junto a la mujer en forma de cruz, colocó uno a la cabeza, otro a los pies, el tercero a la derecha y a la izquierda el cuarto. Después le dijo:

—No temas cosa alguna ni por nada te preocupes, y pase lo que pase no te muevas de como estás hasta que yo vuelva.

—Así lo haré — respondió la dama.

* * *

ENTONCES la madre Auberée se dirigió a la casa en donde el engañado marido velaba condoliéndose de la ausencia de su mujer, de cuya conducta ni él mismo sabía qué pensar. En tanto la vieja, con intención premeditada y por llamar la atención del marido, tocó la puerta, la empujó, y aquél, que estaba con el oído atento y en espera de alguien que pudiera hacerle recobrar sus esperanzas, ordenó que la vieja entrase en seguida y la madre Auberée, ya dentro de la casa, dijo:

—¿Dónde está el necio y el equivocado o el mal informado?

—Bien venida, madre Auberée —contestó el hombre.— Pero ¿qué os trae a estas horas y de tal manera?

Y ella le contestó:

—No me interrumpáis, en tanto no os refiera el sueño que tuve la pasada noche.

Y entonces la vieja inventó un tétrico sueño. Dijo que había soñado ver a su esposa tirada en el suelo, entre cirios, en la abadía de San Cornelio, que se fué al instante al templo que, en efecto, allí halló a la pobre señora y que ella le refirió que estaba allí implorando a Dios que aclarase el error de que seguramente había sido víctima su marido para castigarla a ella en tal forma.

La vieja agregó que cómo podía él haber dudado de una mujer tan pura; y él no quería creer lo que la vieja le decía, pero al fin, como ella quiso confirmárselo con la realidad, la acompañó a la abadía, donde vió a su esposa en la forma que la había dejado la vieja, la alzó arrepentido y se la llevó a casa.

* * *

NO bien hubo despuntado el sol al otro día, el caballero burgués se levantó, se vistió y salió de su casa, ya tranquilo sobre su mujer, a la que de veras creía haber culpado injustamente. La madre Auberée, que como siempre, estaba vigilando, salió también de su guarida y con grandes voces exclamó:

—¡Treinta dineros! ¡Treinta dineros, en nombre de la Santa Cruz, que sin ellos poco me importa vivir!... ¡Treinta dineros para una desdichada que no sabe cómo lograrlos! ¡Dónde, dónde los encontraré! ¡Treinta dineros, que sin ellos caerá sobre mí horrenda desgracia!

Y llegó entonces a ella el señor caballero, y la vieja, acentuando su dolor, lanzó más agudos gritos.

—¡Treinta dineros, que han de venir a reclamármelos y si no los entrego me arrebatarán lo poco que poseo! He aquí el mal por el mal sueño que tuve.

—Por Dios vivo —exclamó el burgués.— Decidme ya a qué viene tanto gritar y tanto desconsuelo.

* * *

—SI, voy a decíroslo, generoso señor, y os juro que no he de ocultaros nada. Anteayer vino a verme un apuesto mozo, el que me dejó para que se lo repasara un capotillo de su propiedad. Acepté la labor; pero, por mi desgracia y sintiéndome molesta, salí de mi casa con intención de volver al instante y sin duda, ya en la calle, debía de perder el maldito capotillo, por el que tengo el corazón deshecho y sin saber a punto fijo qué hacer ni dónde ir, si quedarme o si escapar, pues a ninguno de los que he preguntado han sabido darme razón.

Interrogó entonces el marido:

—Decidme, madre Auberée: ¿recordáis haber estado últimamente en mi casa?

—Sí, noble señor — contestó la vieja prontamente; — con objeto de recoger algún resto de vuestra comida para llevarla a mi hija enferma, y si no flaquea mi memoria, creo que no pasó de anteayer.

Vuestra esposa estaba en su alcoba peinándose, y recuerdo haber visto sobre vuestro lecho una colcha como jamás vi otra más bella. Me senté junto a la cama y me quedé absorta sobre ella, hasta que vuestra esposa acabó su tocado y con extrema bondad me dispuso lo que yo le había pedido.

Me puse entonces en camino, pero hasta bien entrada la tarde no llegué a mi casa, e ignoro — ¡desdichada de mí! — lo que pudo haber sido de la esclavina, como no la haya olvidado por torpeza sobre vuestro lecho.

* * *

GRATAS y armoniosas parecieron al caballero tales palabras; mas para que ellas le devolviesen su total alegría y confianza, necesitó encontrar con el maldito capotillo, causa de sus pesares, la aguja y el dedal de la vieja. Nunca tuvo el caballero burgués mayor gozo.

Satisfecho y feliz por el hallazgo, nuestro crédulo caballero devolvió a la vieja ladina la esclavina roja, origen de sus desvelos, la que con tales medios consiguió librar al burgués de sus sospechas.

Y la madre Auberée, al devolverle al enamorado galán su prenda, recibió de él las cincuenta libras prometidas, que bien se las merecía por el trabajo que hizo.

El Bandoneón

Bandoneón en la noche, que te quejas
arrancando a los vivos de su sueño:
para llorar así cuando te alejas
alguna pena ha de tener tu dueño.

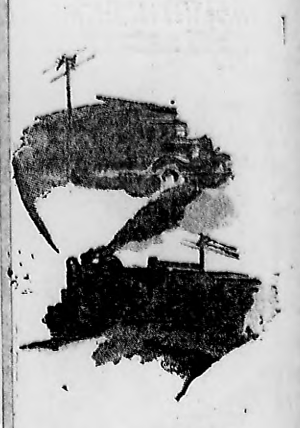
A tu paso recogen las callejas
tus notas melancólicas de ensueño...
El mundo emocional que desmadejas:
traduce bien el alma del Porteño.

Instrumento tristón y vagabundo
como mi corazón, que por el mundo
va deshojando flores de canción;

Eres recogimiento, llanto y pena,
como tu abuela eólica la Quena;
como tu primo - hermano el Acordeón.

Antonio Monti

Jujuy
S. Antonio
Salta
Posadas
Resistencia
Tucumán
Corrientes
Catamarca
Sgo. del Estero
Sta. Fe
Concordia
La Rioja
Paraná
Córdoba
San Juan
Rosario
Mendoza
San Luis
Buenos Aires
La Plata
Sta. Rosa de Toay
Neuquén
Mar del Plata
Bahía Blanca
Viedma
Trelew
Com. Rivadavia



HASTA LOS CUATROS LIMITES DE LA REPUBLICA

Como complemento de su magnífica fábrica – ejemplo de nuestra industria tabacalera – el Pour la NOBLESSE – Escudo Colorado posee una organización única que permite, a las pocas horas de su elaboración, obtenerlo fresco donde quiera que Vd. se encuentre. Y así ya se halle en Jujuy o en la Patagonia, su paquete de Pour la NOBLESSE – Escudo Colorado le proporcionará la misma satisfacción y el mismo placer que ha hecho de él "el gran favorito de la Argentina".

POUR LA

NOBLESSE

ESCUDO COLORADO

EUROPA: ¡LIBERTATE O MUERE!

Una Viril Admonición

Por ROMAIN ROLLAND

(Colaboración especial para *JORNADA*)



ROMAIN Rolland, por Premiani

"Me hallo demasiado cerca de la muerte, para disfrazar mi pensamiento". — R. R.

El artículo de Gastón Riou, con el cual aparece el primer número de "La Nouvelle Revue Mondiale" (1), estudia una de las cuestiones más graves de la hora presente, al menos para los espíritus libres de Europa. Aunque no repuesto todavía de una molesta enfermedad, me creo obligado a comentar sin demora dicho trabajo. ¡Que se me disculpe si mi pluma obedece mi pensamiento acaso imperfectamente!

Agradezco a Gastón Riou las cordiales y amistosas frases que me dedica; pero se equivoca de cabo a rabo en lo que respecta a mi verdadero carácter y a la acción que persigo. No es una razón porque haya intentado yo, en el curso de mi carrera literaria, despertar las fuerzas del sueño, las fuentes salvajes y profundas de la energía mística, musical o subconsciente que duerme en el corazón de Occidente, para que se tenga derecho de hacer de mí un sentimental que cierra los ojos a la realidad y desvaríe con la Tierra Prometida. Soy un historiador, no tan sólo de oficio, sino de naturaleza, que atisba sin ilusiones, acostumbrado al espectáculo de las villanías y de los extravíos crónicos de la especie humana, un libre francés de las Galias que no se deja sorprender con las mentiras de la política y de los sagrados principios con los cuales los Estados de todos los tiempos y de todos los países visten su egoísmo sacrosanto.

Si algunos de mis libros, por un éxito tal vez desproporcionado, me han creado responsabilidades morales "vis-a-vis" de un público que espera de mí el bocadillo, la "becquée", y si la inquietud de esas responsabilidades me ha obligado muy a menudo a medirle la parte de verdad que él podía ingurgitragarle, no se lo mediré en esta ocasión a los compañeros intelectuales que forman, o deberían formar, el Estado Mayor del pensamiento democrático de Occidente en víspera de grandes combates.

Cuando rehuso asociarme a la Pan-Europa del conde Coudenhove-Kalergi y del señor Briand, no es en nombre de una utopía, de una "Ciudad de Dios", que será de aquí a veinte siglos, o que no será nunca. Se trata del terreno mismo en que ponemos los pies, del recinto amenazado en que estamos agrupados en este comienzo de velada de armas. Se trata de los asaltos que sufriremos mañana.

Los intelectuales idealistas de la Liga "Francia-Europa", no se dan bastante cuenta de lo que pasa. ¡Que ellos permitan que se los recuerde! Si mi palabra les parece a veces dura y amarga, que tengan a bien perdonarme! Es porque he estado, como ellos, enceguecido y chasqueado, hasta los últimos meses de 1914; es porque he descubierto, más tarde, el abominable engaño que creo tener derecho de arrancárselo de sus ojos.

Después que la ideología democrática reemplazó en los grandes Estados de Occidente y de América, portaestandartes de la civilización blanca, los absolutismos monárquicos, la fuerza bruta y astuta de la política que gobierna al mundo, sintió la necesidad de disimularse bajo el ornato de la pretendida voluntad de los pueblos, no consultados, y bajo la ideología de su "élite" intelectual, equivocada. A decir verdad, hasta en los tiempos del "poder absoluto", los amos recurrieron siempre a la mentira de los altos móviles: religión, patria, etc., para cubrir sus pasiones personales. Pero el contraste se acusa más irritante, hoy, entre el cinismo desvergonzado de las potencias del dinero que, de hecho, conducen y dirigen los Estados, y la ficción democrática, con sus sublimes fantasmas: Derecho, Justicia, Libertad, que se usan como bandera y como biombo.

¡No hay peor tonto que el que quiere serlo! Lo sabemos muy bien; los pueblos de nuestras democracias no gobiernan nada y no conocen nada del gobierno. Por cuanto su única fuente de informaciones es la Prensa, vendida hoy por completo, salvo honrosas excepciones, a las potencias de Dinero; y su energía de reacción crítica está reducida a cero. Nadie les ha enseñado a controlar, discutir las razones y los hechos, o más bien las pasiones ciegas y contradictorias que se les inoculan, a medida de las necesidades de los amos de la política. Es una educación difícil que, muy lejos de favorecer, el Estado prohibe a sus instituciones que la ofrezcan al pueblo, puesto que un tal saber tendría como primera consecuencia el abrir los ojos al pueblo sobre las argucias del Estado. Y en cuanto a los libres intelectuales que podrían y deberían ser hermanos mayores, son ¡ay! incapaces de dar esa enseñanza a sus hermanos menores, porque su propia educación social está apenas un poco más avanzada que la del pueblo; y ellos son los primeros juguetes de las sutilezas del Estado.

Cuando la guerra se hallaba entablada entre las dos mitades de Europa, los dos campos tenían necesidad, para abrigar sus innobles transacciones secretas del reparto del mundo (territorios y negocios), sus espoliaciones y sus crímenes, tenían necesidad, repetimos, de nobles voces que cantasen el himno a la Patria, al puro sacrificio y a la alegría heroica de la inmolación. No tuvieron gran trabajo en encontrarlos. Yo se con cuánta sinceridad y abnegación los mejores de los intelectuales de nuestro malhadado Occidente desempeñaron su misión, al precio de cuántos sacrificios, sea de ellos mismos, sea de sus prójimos, y, entre los universitarios, mis compañeros de ayer, ¡qué abismos de duelo, ofrecidos al dios Moloch, se les hacía invocar. No dejo de comprender que el generalísimo de la guerra precedente Ludendorff, inunde Alemania con sus opúsculos alucinados, a fin de desviarla de una guerra nueva donde, en el estado de cosas actual, sería, como en la guerra de Treinta Años, el campo de batallas y de ruinas de Europa; y de ese cementerio, Ludendorff rehusa ser el sepulturero; declara de antemano que, si la guerra estalla, no tomará parte. Las griterías de los "Hitlerianos", apuntan menos a la acción que a la intimidación. Todas esas agitaciones de los partidos políticos no son hoy más que una parada de circo. Ahora, el verdadero juego tiene lugar en el interior del mundo de los negocios. Hace más de un año yo denunciaba violentamente, en mi artículo la "Piratería de la Paz", las transacciones secretas celebradas desde años atrás, entre Arnold Rechberg, el magnate de la potasa en Alemania y los negociantes del nacionalismo francés, esos proyectos insólitos (confirmados públicamente por el mismo Rechberg) de una alianza militar franco-alemana, que permitiera el renacimiento de grandes industriales alemanes, asociando en sus beneficios a los capitanes de industrias franceses. En estos momentos corre la voz que esas negociaciones son más activas que nunca. Las grandes industrias alemanas, a quien la crisis económica actual no permite investir en los armamentos de los capitales bastante importantes, buscan la ayuda financiera de Francia, para levantar la industria de guerra teutónica ofreciendo a Francia, con una parte de los beneficios, la ocasión de aumentar también los armamentos franceses. Esos monstruosos proyectos de asociación guerrera forman uno de los ejes secretos de la nueva Pan-Europa. Tengo curiosidad en saber lo que piensan los intelectuales franceses de la Liga "Francia-Europa", y si están dispuestos a engalanar esos proyectos con sus flores. No les permite de que desvíen los ojos y de que no busquen a lo que sería arrastrada fatalmente su Francia-Europa, si ésta escuchase tales protectores. Los dos Estados más poderosos de Occidente no reforzarán sus armamentos y sus ejércitos para quedarse con los brazos cruzados. Esos dientes ávidos codician presas evidentemente, las cuales no pudiendo despedazarlas solos, se comprometen a repartirlas. ¿Dónde están las víctimas?... Gastón Riou, que me compara gentilmente con María del Evangelio, la amante mística del Maestro, que, sentada a sus pies, sueña con los ojos cerrados, toma para él el papel de la buena Marta, que hace la cocina del Maestro. ¿Ha levantado bien Gastón Riou los ojos hacia el rostro del Maestro? ¿Puede decirme quién es el Maestro? ¿Quién lo será mañana? ¿Será el comité de las Fraguas, o bien la Standard Oil y Sir Henry Deterding? Dudo mucho que la buena Marta no vuelque su puchero, con un sobresalto de terror, cuando ella vea quien ha tomado el lugar de su Señor amado y soñado. Para mí que no he ambicionado nunca el papel de María, pero donde la descendencia francesa se reclama de Diderot mucho más que de Rousseau, yo soy un hombre sin amo y no delego a nadie el cuidado de cuidar mi casa. Mi abuelo Colas Breugnon me enseñó desde la infancia la sabia desconfianza de los carneros del Nivernais. ("Carneros de Chamoux — bastan tres para estrangular un lobo!...").

"¡Pobres carneros! Si únicamente tuviéramos que defendernos del lobo, sabríamos perfectamente cómo cuidarnos! ¿Pero quién nos defenderá del pastor?"

Duermo con un solo ojo y vigilo, desde hace años, las maniobras de los malos pastores para cercar a la U. R. S. S. — sus turbias colusiones con los emigrados blancos y los partidos de reacción — las misiones militares francesas encargadas de organizar los ejércitos mercenarios de Polonia y de los Balkanes. El reciente proceso de Moscou no me enseñó nada que antes no sospechase y descontando las exageraciones suplementarias, con las cuales los canallas como Ramsine, han podido dar fuerza a sus confesiones, para salvar su cabeza, el fondo de esos reconocimientos es sumamente fácil de verificar. La U. R. S. S. es la presa a la cual se apunta o mejor la presa designada. Si todos los planes contra ella han fracasado hasta ahora, es que, para su dicha, los grandes ladrones internacionales, los capitanes de rapiñas anglo-germano-franceses, se han disputado torpemente la piel del oso sin lograr ponerse de acuerdo. Del día en que se establezca la entente y que se realice el bloque europeo de negocios y ejércitos, ¿se puede uno imaginar si permanecerá inactivo, frente al mundo soviético que es socialmente su negación y cuyo buen éxito amenazaría su existencia?

Entonces, le pregunto a Riou: ¿Qué posición tomarían él y sus amigos? ¿En qué campo? ¿Continuaría sirviendo ideológicamente al Amo de los Aceites y Petróleos y al bloque de los mercaderes de Occidente? O bien ¿qué harían? ¡Las cartas sobre la mesa! Yo presento el mío: Si la U. R. S. S. estuviera amenazada, cualesquiera que fuesen sus enemigos yo me colocaría a su lado. Pero yo sé también, yo se cuántos han sido engañados y cuántas víctimas han hecho. Y por habérselo dicho, no me han perdonado.

¿Qué otra cosa hubieran podido hacer?... En ese entonces en que yo mismo me desprendía lentamente, con trabajo y dolor, de todas las ilusiones que habían ligado mi juventud (mentiras de la historia oficial, mentiras de las convenciones nacionales y sociales, de tradición y de Estado), comenzaba apenas a oir, temblando, la respuesta emancipadora que deberían haber escuchado los pueblos. No me atrevía yo a decirlo. La diré hoy. Es la de Lenine, en 1917: La revuelta de los ejércitos de Europa contra los amos de la guerra y su fraternización en el campo de batalla.

¡Pero no volvamos sobre el pasado! Es una larga confesión, que yo me debo a mí mismo y que la escribiré si me queda tiempo en el porvenir: por cuanto podrá servir a dar a luz las almas de millares que llevan en ellos esos pensamientos, sin atreverse a ponerlos al día. No hablemos más de ayer. La hora actual nos basta. Hablemos del grande y temible presente.

Los intelectuales generosos de la Francia de hoy, de los cuales Gastón Riou se hace el corifeo, sorprenden la novedad antigua: "Europa mi patria"... y no observan que ellos sirven los nuevos intereses de los astutos amos del momento.

¿Qué quiere una política "realista" francesa? Conservar las ventajas de la victoria, sin los riesgos de ver aquellas sacudidas por una nueva guerra. Por consiguiente, establecer la paz y los estatutos de una "Francia-Europa" sobre la base de los tratados de 1919. Pero se guarda bien de examinar si esos tratados son justos o injustos, si ellos no descansan sobre un abominable abuso de la violencia triunfante, sobre una andamiada de abusos intolerables y de iniquidades que se continúan. De hecho, el statu quo establecido por los tratados de 1919 es insostenible, por los dos tercios de Europa. Sufrimientos de los países vencidos, gritos de miseria a los cuales nuestros informadores franceses se tapan los oídos. Alemania exasperada, cuya enorme energía renaciente, hambreada, no podrá soportar esa compresión más de uno o dos años sin convulsiones sociales y nacionales que harán temblar a Occidente; torturas infligidas por los aliados de Francia como la Polonia de Pilsudski, a los pueblos que ellos oprimen; Hungría que ha perdido toda esperanza, etc. Es claro que una tal Europa es un insulto a Europa, una irrisión criminal, y que el primer jefe de bandas, a lo Mussolini, que quiera arruinar la supremacía francesa tendrá interés en agrupar en torno de él a todos esos desesperados...

Si hay en los "europeos", como Riou, un verdadero sentido "realista", así como gustan proclamarlo, que lo demuestren, no siendo por más tiempo los cándidos de una generosidad toda verbal, que brinda la paz al mundo después de haberse sentado encima, hollándola con los pies! Que ellos tomen la iniciativa de una revisión de la paz europea, ofreciendo todas las garantías de prudencia política, pero sincera, leal, y tratando de eliminar las peores injusticias y los fermentos de odios! Que sean lo bastante lúcidos y lo bastante magnánimos para buscar ellos mismos los errores y perjuicios que su propio país ha causado a Europa y que prometan repararlos! Cierto, una tal revisión, por moderada que sea acarreará grandes sacrificios por parte de los vencedores; será necesario que éstos compartan las cargas de la Europa arruinada. Y quien se arriesgue a predicar tal tesis a Francia no deberá esperar la popularidad. Pero quien quiera la paz del corazón, y no solamente la de los labios, debe saber pagarla con su propio sacrificio. Pido, pues, que se abran grandes juntas europeas, "grandes Assises Europeennes" en que los representantes de los pueblos vuelvan a ver lealmente en común las condiciones posibles de una vida en común. Hasta que éstas se encuentren y sean aceptadas, no sirve para nada repetir: "¡Europa!". No hay Europa. Hay pueblos atados, que roen sus cadenas. Y hay también los pueblos que tienen las cadenas. ¿Con quién estáis vosotros?

No es nada más que el primer punto. Pasemos al segundo.

La preocupación, casi exclusiva, de los "europeos" de Occidente, es, como es natural, el establecimiento durable de la paz en Occidente, mediante la reconciliación franco-alemana. Y por cierto la tarea es grande; yo, por mi parte, siempre he trabajado en ella. Pero la tarea es parcial. Y para decir el fondo de mi pensamiento, su realización no es ya el principal problema del presente inmediato. El más grave de los riesgos no es ya, ahora, la perspectiva de un nuevo conflicto franco-alemán. Conozco lo bastante a Alemania, para creer que, tan sólo las minorías ruidosas, pero impotentes, piensan seriamente en una nueva guerra con Francia. Las condiciones económicas en que se encuentra el país hacen de hecho la guerra imposible. Y lo que mucho sorprende es ver y con frecuencia se le ha dicho cara a cara, cuáles me parecen sus errores. Pero creo y sé que ella encarna la experiencia más heroica, la más sólida esperanza social del porvenir. Si desapareciera, ya no me interesaría más en el porvenir de Europa. Lo juzgaría socialmente condenado, por siglos.

Esto no es aún todo. Hay otro incendio que arde a las puertas de nuestra casa. La bella Europa, de la cual Gastón Riou es el rendido caballero, se ha confeccionado para su corte de jóvenes enamorados un aspecto prestado de mujer bonita de 1789, diosa Razón de senos floridos, que trae el nuevo Evangelio de los Derechos del Hombre. Pero bajo el colorete, tiene otros rasgos menos amables; y el resto del mundo conoce su hocico de tigre. Las democracias de hoy, son imperios (algunos dirían: vampiros). Entre dos o tres granujerías ella se ha dividido los despojos de la tierra. Su apetito es inmenso. Se hartan del oro y de la sangre de los pueblos veinte veces más numerosos que ellas. El leopardo británico tiene sus garras incrustadas en los flancos de la India, en tal forma que ya no puede retirarlas ni vivir despegado de su presa. Nosotros en Francia, que le hemos dejado coger esa caza magnífica, en épocas del infortunado Lally y de Luis el Bien-Amado, nos hemos resarcido bastante bien después; y es curioso que nuestra expansión imperial haya coincidido con el establecimiento de nuestra Tercera República. En "república" hubiera dicho Victor Hugo, hay "publicanos". La gran república romana fué el reino de los Crassus y de los Verrés. Bien entendido, nos hemos amparado de un cuarto del planeta nada más que para presentarle el presente de nuestra civilización, nuestra cultura y nuestra lengua, que son. de las suyas. La ingratitud es, ya se sabe, ley de la vida. Y las grandes razas de Asia que tienen la pretensión de volver a vivir no se desdicen hoy. El primero, el Japón, por la fuerza de las armas se ha declarado mayor. China, despertada no se volverá a dormir. Y, consciente de su fuerza, la India de Gandhi acaba de dar la señal de la gran Emancipación. El resto de Asia no tardará en seguirla; y nuestro imperio indochino ha manifestado ya los primeros estremecimientos, que los procónsules de nuestra democracia ahogaron, naturalmente en sangre. El mismo escalofrío de despertar recorre el cuerpo inmenso del Island que cubre, de un extremo a otro, un tercio del Antiguo Continente.

La cuestión va a presentarse mañana — se presenta ya hoy: ¿De qué lado van a colocarse Gastón Riou y sus amigos? Acaso al lado del dios Caoutchouc que va escoltado, ¿habrá necesidad de decirlo? de todo su Panteón, de su harem sagrado: las diosas Libertad, Luz del Espíritu, arte, ciencia, progreso, civilización? ¿O será acaso al lado de los grandes hermanos de Asia y Africa, que quieren romper sus cadenas? Prohibo que nadie se escape por la tangente. Cuando se abra el duelo que vuelve casi inevitable el egoísmo ciego de Europa, ¿quiénes serán los dóciles soldados de los aventureros de Europa contra la independencia del mundo rebelado?

Por mi parte respondo, sin comprometer a nadie, pero comprometiéndome por entero.

"Yo seré ese soldado, Europa, si tú das ese combate monstruoso, yo marcharé en contra tuya, contra tu despotismo y tu rapacidad, a favor de mis hermanos de la India y de China, de Indochina y de todas las naciones explotadas, oprimidas. Lo haré no solamente en nombre de la justicia y de los derechos sagrados que invocas falazmente en tus Declaraciones ideológicas. Pero también en el nombre de la Civilización misma, de la Civilización más grande, de los progresos del Espíritu humano ilimitado; porque su necesidad vital, en la hora actual, es enriquecerse y renovarse con la contribución intelectual y moral de esas razas magníficas, a las cuales siglos de rapiña han podido extraer el oro, pero que guardan intactos los tesoros espirituales de sus civilizaciones milenarias, que hoy han resucitado."

Quiero, contra toda esperanza, esperar que esos grandes choques de pueblos podrán aún ser evitados entre las dos mitades de la humanidad. Pero si llegasen a tener lugar, me hallo demasiado cerca de la muerte para disfrazar mi pensamiento. Le digo a la U. R. S. S. de Lenine y le digo al Asia de Sun-yat-sen y de Gandhi:

"Hermanos, contad conmigo! No soy sino un hombre solo, entre millones. Pero ese hombre es, ha sido toda su vida, una voz libre de Occidente, la voz de los Juan Cristóbal y de los Colas Breugnon, un trabajador libre, hermano de los trabajadores libres del mundo, que quieren abrir el camino a la Unión del Trabajo universal, liberada por los prejuicios y de los yugos de razas, de castas y de clases."

Y a Europa le digo:

"¡Ensánchate o perece! ¡Enlázate con todas las fuerzas nuevas y libres de la tierra! Te estás ahogando en tu cascarón de ayer, glorioso pero encallecido! Arráncalo! Respira y déjanos respirar. Tenemos necesidad de una casa, de una patria más amplia que la de Europa!"

Mi patria no es el A[illegible]. Mi patria es el Mañana... y el ángelus del mañana ha sonado ya.

Villeneuve, Suiz, enero de 1931.

(Versión autorizada de C. Deambrosis Martins, París, 1931).

(1) Correspondiente a enero 1931. Revista mensual de París, órgano de la "Unión Internacional de los Escritores Demócratas". Forman, entre otros, el Comité de Fundación, Roland, Barbusse, Einstein, Emil Ludwig, Heinrich Mann, Victor Margueritte, Gastón Riou, Stefan Zweig. (Nota de C. D. M.).



HERMANOS, contad conmigo; el ángelus del alba ya ha sonado

LA SIESTA, por Luisa Sofovich

ESTABA cansada de no amar... A ella la amaba, sí, era positivamente muy querida por un hombre, un viejo amigo de la casa, excelente, simpática persona, pero, ¿qué importaba eso? Hacía años que no sentía amor por nadie ¡oh, varios años! ¿Por qué, de pronto, pensaba en esto y le venía esa especie de fastidio de su vida?

Era la hora de la siesta. Desnuda, boca abajo sobre la caliente almohada, Virginia se había encontrado de repente con ese deseo de volver a amar. ¿Volver? ¿Valía la pena entonces? Sintió cómo con sus finas uñas el recuerdo le arañaba el corazón, y pensó que si supiese dibujar, trazaría con tiza, sobre la lustrada caoba del respaldar de su cama la figura de una jovencita vestida de claro, sentada en el umbral de una casa de barrio, aguardando. Eso había sido su primer amor. Luego vinieron otros, pero entonces ya no esperaba, el escenario había cambiado totalmente... y ella también. Y he aquí que de improviso, en la pesada somnolencia de una tarde de verano, se le aparecía diminuta, lejana, la olvidada Virginia del umbral, y no podía explicarse en la de ahora, ese repentino y vivo deseo de querer despertar a la otra de su largo sueño.

Dejó el lecho, y cubriéndose con un batón, salió al patio. Entre las plantas creíase hallar cierta frescura, aun cuando pronto notábase cuánto aplastaba el calor, viendo cómo las hortensias doblaban, caídas, sus flores, sus enormes flores tan bonitas y tan sensibles, las rosas, las celestes, las alliladas... Agitando un poco las ramas se olía fuertemente a la menta, pero recordó que había prometido a una amiga acompañarla y prolongando un bostezo, volvió a su cuarto.

Otra vez se estiró en la cama. Sí, estaba cansada de no amar. Era necesario querer. No se puede vivir mucho tiempo con el corazón vacío, y repasó en su memoria todas las pequeñas, las dolorosas dichas de aquella época cuyo deseo de resucitar asaltábala tan bruscamente.

Golpearon en la puerta.

—Virginia—le dijo desde el otro lado su cuñada—sino te apresuras se te va a hacer muy tarde para salir.

—Bueno, gracias—contestó buscando sus chinelas en el suelo.

Entró en el cuarto de baño. Hizo girar las llaves y la flor del agua desparramó su finísima lluvia. Caían las gotitas innumerables, regocijándose sobre sus blandos hombros, y ella también sintió alegría. Se puso a cantar. Estaba decidida a amar; amar y sufrir.

Ahora el pulverizador mojaba sus espaldas con otra lluvia más fina y más perfumada y la carne tornábase una rosa viva, fragante, encantadora.

Ya no hacía tanto calor. Por entre las celosías filtrábanse los últimos reflejos del sol. Rápidamente concluyó de vestirse. Clarita aguardábala ya en el "hall". Salieron.

—A Palermo—ordenó Clarita al conductor del coche.

Había mucha gente cuando llegaron. Alrededor del lago intensificábase el desfile de automóviles, y dentro de ellos, podía verse cómo aun quedaban algunas bellas mujeres aprisionadas entre las quemantes rejas de la ciudad.

Se sentaron en un banco. Lentamente extinguíanse las luces del largo crepúsculo. De pronto, dijo Virginia:

—Clarita, estoy cansada de no amar.

—¿Cómo? No entiendo.

—Lo que te digo: estoy cansada de no amar.

La otra se tranquilizó:

—¡Ah! Quieres casarte.

Virginia no respondió.

—Yo creo en el amor al marido—sentenció su amiga.—Virginia si tienes una proposición seria me parece una excelente idea el que te cases. Yo me encargaré del cortejo; iremos todas de verde nilo. Resulta un conjunto muy delicado.

Virginia continuaba silenciosa. Pasó un hombre y la miró. Sintió un estremecimiento. Le hubiera gustado mirarle, un segundo más, a los ojos para poder saber exactamente de qué color eran, pero él ya estaba lejos, y sólo podía distinguir su espalda entre el amontonamiento de los paseantes.

A su lado, Clarita continuaba hablándole; escuchaba sin entender. Soñaba... Algo, algo sucedería pero no podía ver claramente en sus pensamientos. Estaba como a la expectativa... Es que desde hacía unas horas sentíase otra, distinta, ni siquiera próxima a aquella pura Virginia evocada en la modorra de la siesta... ¿Quién era? ¿De dónde le venía ese nuevo y pujante deseo de amar, amar y sufrir? Otra vez pasó el desconocido: sus ojos eran azules, maduros, tristes. Se miraron.

—Te estoy hablando y como si nada—protestó Clarita.

—¿Quién, yo? Pero, si te escucho—dijo ella, y recordó que antes, en el tiempo en que el amor lo cubría todo, no tenía amigas. Tampoco leía, y no sabía bailar. Acababa de cumplir diecis[illegible] años. Ahora... ¿Ahora sabría entregarse así, al amor? Comenzar de nuevo... Olvidar.

¿Abandonaría—y que bajo, que inútil le parecía esto aho-

(Continúa en la página siguiente)

Los Amores Precoces de Corneille

Por LUCILIO





FUE UN hombre de apasionada juventud

Dramaturgo y poeta francés, nacido en 1606 y muerto en 1684. Es, seguramente, el más grande trágico con que cuenta la literatura francesa de todos los tiempos y uno de los más grandes del mundo. Como casi todos los dramaturgos franceses de su época, imitó preferentemente a los clásicos españoles, entre ellos a Guillén de Castro, a quien tomó asunto y personajes para "El Cid", su más celebrada obra.

LOS amores de Corneille ofrecen la particularidad de habérsele presentado en la infancia y en la juventud.

De niño, en efecto, (quizá mucho antes de los veinte años) amó... unos dicen que a una mujer, otros que a dos. Estas dos mujeres serían la señorita Milet y la más tarde señora de Pont, de Ruan. No se sabe con seguridad, sin embargo, si fueron una o dos; tampoco se tienen noticias seguras de que la tal señorita Milet haya existido; y en cuanto a la señora de Pont, que sí existió, no se puede afirmar que hubiese sido ella a quien amó Corneille.

Lo único que acerca de estos tempranos amores hay de cierto, es que el poeta (también precoz en literatura) escribió unos versos dedicados a "Melita", de donde se ha sacado la especie de que existiese una señorita Milet. Por amor a Melita brotó su vena poética, y "sin esta heroína — dice José Andrés Guyot, — tal vez Francia no hubiera conocido jamás el talento de Pedro Corneille". Quién fuese tal musa inspiradora, tendremos que contentarnos con esperar que algún día se sepa.

Entregado luego de lleno a las letras, no se le conocen nuevas aventuras amorosas, hasta que, a los treinta y cinco años, aparece casándose. También alrededor de su casamiento se ha querido urdir novela y una novela en la que intervendría nada menos que el cardenal Richelieu; pero el mismo Fontenelle, que es quien habló de ello, desechó luego la leyenda, reconociendo que era de índole muy dudosa. Lo probable es que fuese un casamiento vulgar, sin pasión ni mayores complicaciones, pues unos años antes, recordando sus primeros amoríos, había dicho, en verso, el propio Corneille:

"En otro tiempo hice el tonto,
Tenía Filis en la cabeza..."

En todo caso, es seguro que el matrimonio no dejó huella en su obra literaria.

Pero llega el poeta a los cincuenta y dos años y se inflama en amor por una comedianta. Era ya célebre por su obra dramática en todo el país, aunque casi no salía de su ciudad natal, Ruan. Estando, pues, en Ruan, en 1650, llegó Molière con su compañía, en la que figuraba una actriz joven, linda y famosa, Teresa de Gorla, mujer de du Parc, apellidada la Marquesa.

Corneille vió representar a esta mujer, la conoció y se enamoró perdidamente de ella. Imagínese el lector a un hombre de su edad, canoso, arrugado, quizá achacoso, requiriendo de amores a una mujer joven, celebrada, bella y coqueta, y dedicándole versos. Eso hizo Corneille con "la du Parc" o "la Marquesa", como se le llamaba.

El enamorado se daba perfecta cuenta de lo difícil y hasta de lo ridículo de su situación; sabía que, por sus años, no podía representar dignamente el papel de galán; por momentos, cayó en la humorada de hacer ironías a costa de sí mismo, como en aquellos versos en que dice:

"Vuestros bellos ojos sobre mi franqueza
No dirigen bien sus golpes;
Cabeza calva y barba gris
No son manjares para vos..."

Otras veces, como postulante terco que no toma a pecho las negativas que recibe e insiste pacientemente en su intento, escucha los reproches que la amada le hace, pero sigue insinuándose a ella:

"...me ordenáis que trueque
En amistad mi amor...
...Y el amor que os enoja
No sabría caer un grado
Sino muriendo en su caída."

Otras, en fin, de terco pasa a cínico, y llega a declarar a la Marquesa que no le basta con verla y que ella le mire, sino que quiere algo más...

"...quien me da un corazón sin darme más.
Más bien le agradecería que no me diese nada.
Yo soy de esos amantes groseros
Que no aman gustosos
Si no se les premian sus servicios.
Y quiero, como pago, algo más que una mirada;
Y la unión de los espíritus carece para mí de delicias
Si los encantos de los sentidos no toman alguna parte".

En todas estas chanzas, Corneille aparece luchando entre la sinceridad de una pasión, por un lado, y la razón, por otro, que le hacía ver absurda y a deshora esa pasión. Ama sinceramente, pero se reconoce impropio de la mujer amada, y quisiera confesar su amor... sin confesarlo.

Sin embargo, llega un instante en que, rebelado interiormente contra la imposibilidad de su amor, toma una actitud trágica y trata de defenderse. Es viejo, sin duda, y calvo y canoso y sin otros atractivos físicos; pero, en cambio, es un espíritu superior, un hombre glorioso, y si la posteridad recuerda un día a la que lo desdeña, la recordará, no por la juventud y la belleza que ahora le sirven para desdeñarle, sino por los versos que él le dedicó, como es recordada Laura por los versos de Petrarca. ¿Qué más quiere, pues, la desdeñosa?... Esta actitud del viejo poeta, está manifestada en unos hermosos versos que se titulan "Estancias a la Marquesa". Todavía hay en esos versos (muy conocidos) un cierto dejo de ironía, con el que Corneille parece querer evitar la petulancia de su gesto; pero son graves, en general, y pueden tomarse como la expresión dolorosa de un hombre que desea hacer valer méritos propios para ser amado por quien no le ama.

Partió luego la comedianta y Corneille le dedicó otros versos, "A la marcha de la señora Marquesa". Por esta composición nos enteramos de que, antes de partir, había ocurrido un enfado entre el poeta y la du Parc, y una reconciliación; vemos asimismo que el desdén de la actriz era grande, mientras la pasión de Corneille era honda, pues él llega a sentirse herido porque en la reconciliación ella no se le quejase de nada ni le hiciese reproches por lo pasado.

Como resultado de esta pasión, tenemos en la obra dramática de Corneille la creación de un tipo singular, el del viejo enamorado y no correspondido, personaje que el poeta introdujo en varios de sus dramas. En "Pulquería", uno de estos dramas, aparece Marciano, "provecto senador", que ama a Pulquería, emperatriz de Oriente, mucho más joven que él, y cuando Marciano dice:

"¡Qué suplicio amar un objeto adorable
Y de tantos rivales verse el menos amable,
Amar más que ellos juntos y no osar tal ardor,
Por vehemente que sea, prometerse lo que ellos!"

nos parece oír un acongojado lamento del propio Corneille.

☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆

SI, DON JUAN, Por Salvador Merlino

—¡Antonio!

—¿Qué?

—Tráeme la garlopa, el garlopín y el gramil.

—Ya voy, patrón.

Y Antonio, el aprendiz de carpintero, corrió a su banco y tomó los útiles que le pedía su patrón. Luego se fué a preparar la cola. Tomó dos panecillos, los partió en pedazos con un martillo, y los echó en el colero. Ejecutada la operación, y como en esos momentos no tenía nada que hacer, se aproximó al dueño de la carpintería para ver cómo trabajaba.

Don Juan estaba cepillando los travesaños de un ropero. Al ver al chico le dijo:

—¿Ves? La garlopa debe hacerse deslizar suavemente sobre la madera. Nunca es bueno hacer presión con la mano derecha ni dejar que la herramienta se mueva de un lado a otro, porque, de esa manera, jamás llegarás a poner derecho un travesaño. ¿Entiendes, Antonio?

—Sí, don Juan.

—Y el escoplo se pone así. Luego con la maza le das de esta manera. ¿Te das cuenta, Antonio?

—Sí, don Juan.

—Y el gramil se pasará así. ¿Has entendido?

—Sí, don Juan.

—Pues, veamos: haz tú este otro agujero.

Y el chico repitió la operación del maestro: marcó primero con el gramil; golpeó luego el escoplo con la maza, y el agujero quedó hecho, casi tan perfecto como el de su patrón.

—Está bien — murmuró el carpintero. — Si sigues así, y continúas prestando atención a mis explicaciones, pronto llegarás a ser tan buen oficial como yo. Porque, dime Antonio, ¿no te parece que yo soy un buen oficial?

—Sí, don Juan.

• • •

Los progresos de Antonio fueron rápidos, casi tan rápidos como los de su patrón, el cual en poco tiempo y con la cooperación del muchacho, que había llegado a ser un carpintero de primer orden, logró ensanchar considerablemente los límites de su negocio. Los pedidos de muebles se acrecentaban tanto, que fué indispensable adquirir maquinarias. Y don Juan las adquirió. Primero una escopladora; luego un tupí, más tarde una cierra circular y, por último, una cepilladora. Todas estas máquinas al principio las dirigió Antonio, pero, más tarde, fué indispensable tomar personal especializado en el manejo de las mismas, pues la atención del muchacho era requerida para trabajos de mayor importancia, entre los que se contaban el dibujo y ejecución de muebles de estilo. La carpintería progresaba a pasos más que precipitados. Y Antonio no era ajeno a ese progreso. Don Juan lo reconoció. Y quiso ser justo.

—Oye, niño — le dijo cierta mañana: —¿Sabes que he pensado una cosa?

—¿Qué, don Juan?

—Que quiero hacerte socio mío. Tú pondrás el trabajo. Yo pongo las máquinas; trabajaremos juntos, y en lo sucesivo nos repartiremos todas las ganancias. ¿Te agrada la idea, Antonio?

—Sí, don Juan.

Y el joven pronunció estas palabras sin emoción, en la forma maquinal y humilde con que solía hacerlo siempre. Aquel "Sí, don Juan" no se diferenciaba en nada de los que pronunciara en otras ocasiones; era el "sí, don Juan" de cuando se le pedía una herramienta, se le hacía alguna indicación o se le mandaba a descansar, después de haber estado doce horas, dale que te dale con el formón, con el cepillo y con la maza. Y, sin embargo, no podía ser así. La perspectiva de un rápido mejoramiento, entrevista a través de las palabras del patrón, algún efecto debieron de haber producido en el ánimo del mozalbete. Pero el mozalbete no la exteriorizó; permaneció impasible, humilde, callado como siempre. Con todo, desde ese momento fué patrón. En días sucesivos, don Juan le fué poniendo al corriente de los trabajos administrativos; le enseñó las cuentas de los bancos; la forma en que efectuaba las ventas a las mueblerías centrales, las fechas de cobro y los días de entrega de mercadería.

Antonio en muy poco tiempo estuvo interiorizado de todo. Y su trabajo se acrecentó. Ya no eran diez o doce horas diarias las que se pasaba en la carpintería, sino muchas más. Ahora a las cinco de la mañana ya se encontraba en su puesto, haciendo cuentas o preparando la labor diaria para el personal; por las noches era el último en retirarse. Don Juan le acompañaba siempre, pero, en realidad, como éste ya comenzaba a sentirse viejo, muy poca era la ayuda efectiva que le prestaba. La enorme tarea de la fábrica gravitaba, pues, sobre el muchacho, quien lo hacía todo y lo soportaba todo con una resignación harto impropia de una persona de su edad.

La fábrica iba progresando; pero Antonio enflaquecía. Se iba poniendo pálido, perdía el apetito y estaba siempre con sueño. El cansancio, evidentemente, se iba apoderando de él. Pero, él, nada decía.

—¿Te sientes mal, chico? — le preguntó un día su socio, viéndole que apoyaba las manos en un banco como para no caer.

—No, don Juan.

—¿Es que te había dado un mareo?

—No, don Juan.

—¡Vamos Antonio! No me mientas. Tú no te sientes bien. Te noto muy pálido. Ven a descansar un poco.

Y el viejo carpintero tomó del brazo al muchacho y lo llevó hasta su habitación. Una vez en ella lo invitó a que se acostara. El joven protestó:

—¡Pero si no tengo nada, don Juan!

—¡Vamos, Antonio! No digas eso. Descansa un poco. Tú estás cansado. Trabajas mucho, duermes poco y te alimentas mal. Yo no quiero que trabajes tanto, porque el excesivo trabajo puede hacerte daño. ¿No es verdad que el mucho trabajo hace daño?

—No lo se, don Juan.

—Pues sí, hijo mío; el exceso de trabajo hace daño. Y en lo sucesivo — ¡qué diablos! — trabajaremos menos y nos divertiremos más. Dinero tenemos, no mucho, pero lo suficiente como para permitirnos algunos días de descanso. ¿No te parece buena la idea?

—Sí, don Juan.

Pero los buenos propósitos del maestro no pudieron cumplirse. Primero porque la clientela de la carpintería era debida al trabajo directo de Antonio, trabajo que no podía ser delegado en otras personas sin ocasionar serios resentimientos, y luego porque en los últimos tiempos se habían suscitado ciertas dificultades de orden administrativo interno, que hacían imposible el abandono de la fábrica. Además, había que agregar a esto el pedido de numerosos clientes, que exigían muebles dentro de un plazo perentorio, y a los cuales no se los podía desatender, so pena de perderlos para siempre. Así es que no hubo descanso. Y no sólo no lo hubo, sino que fué indispensable trabajar más. Y don Juan y Antonio y sus diez operarios, trabajaron más: diez horas primeramente, doce más tarde, veinticuatro después. Y los ingresos de la fábrica aumentaban en forma considerable. Olas de dinero afluían a la caja de caudales de Antonio y don Juan. Y don Juan y Antonio se hacían ricos; se hacían ricos, pero se agotaban.

—Otro esfuerzo más, — decía el viejo carpintero; — otro esfuerzo más y ya no trabajaremos nunca. Pronto mandaremos al diablo todo esto. ¿No te parece, Antonio?

—Sí, don Juan.

Y trabajaban, trabajaban. Antonio ya no era más que un puñado de huesos y de piel; siempre tenía sueño; siempre andaba tambaleándose de un lado a otro como un borracho.

Y lo estaba. Pero era la suya una borrachera de cansancio.

Don Juan sentía verdadera lástima por el joven. Cuando le veía extenuado, corría a su lado y le espetaba:

—¡Vamos, Antonio! Deja eso. Por hoy basta. Mañana continuaremos.

Y así siempre, hasta que un día, ya cumplidos todos los trabajos extraordinarios y vuelto a la normalidad la vida de la fábrica, los dos socios resolvieron tomarse una temporada de descanso. Don Juan tomó la iniciativa. Expuso su programa. Dijo que se irían a Necochea; que dormirían hasta las diez, que luego se tomarían un baño, almorzarían en el hotel, y, después, al caer de la tarde, irían a pasear por la rambla, como la gente rica.

Preguntó al muchacho si le parecían buenas sus ideas, y éste las aprobó con su clásico "sí, don Juan".

—¿Cuándo saldremos?

—Cuando usted quiera.

—¿El lunes, Antonio?

—El lunes, don Juan.

Y la partida quedó concertada. Mientras ellos estuvieran ausentes pondrían al frente de la fábrica de muebles a Gerardo, el oficial de más confianza, quien se encargaría de despachar los trabajos de los clientes y de atender las necesidades del personal. Pero antes era preciso ponerlo al corriente de todo. Y de ello se encargó Antonio. Explicó a aquél algunos asuntos concernientes a la expedición de mercaderías; le dijo que había que hacer quince juegos de dormitorio chippendale; seis de comedor y varios muebles sueltos, entre los que se contaba un ropero, cuyo diseño era de creación de un cliente. Para ese mueble, que llevaba molduras extravagantes, el mismo Antonio hubo de crear las piezas que se emplearían en el tupí. Y se lo recomendó muy especialmente. Pero sea porque desconfiara de Gerardo o bien porque quería hacerlo él con sus propias manos, el caso es que no quiso abandonar la carpintería sin antes dejar listas las molduras de aquel ropero.

Y en el mismo instante se puso a la obra. Tomó el molde y lo sujetó al árbol del tupí. Luego ordenó que pusieran la máquina en movimiento. Realizada esta operación, el árbol empezó a girar, suave al principio, vertiginosamente después.

Antonio hizo deslizar la madera sobre la plancha del tupí, hasta hacerla tocar con el molde giratorio. Al contacto de la madera se produjo un ruido sordo. Saltó un poco de viruta; luego una astilla de regulares dimensiones y casi simultáneamente el trozo de hierro que servía de molde, el cual fué a incrustarse en el vientre de Antonio, que cayó al suelo dando gritos desesperados.

El muchacho estaba herido de muerte. Don Juan, que había presenciado la escena, loco de desesperación corrió hacia él. Ayudado por otros compañeros, lo llevó a su cuarto. Allí lo dejaron sobre la cama. Había perdido el conocimiento.

—¡Antonio! ¡Antonio! — gritaba fuera de sí el viejo carpintero. ¿Que has hecho, Antonio?... Y ahora que nos disponíamos a descansar... Pero, no: díme que no te has hecho nada. ¿Verdad, que no te has hecho nada? Y lo sacudía. Y le pasaba la mano por la cara. Y lo besaba, como si fuese su propio hijo.

—¡Hijo mío! — volvió a gritar el viejo. — ¡Antonio mío! ¿Verdad que no tienes nada? ¿Verdad que te sientes bueno?

El joven abrió los ojos, echó una débil mirada a su compañero y respondió con un leve movimiento de cabeza afirmativo, tan frío, tan inexpresivo, como aquellos "sí" que pronunciara cuando se le invitaba a paseo, se le hacía socio o se le pedía la garlopa, el garlopín o el gramil.

—¡Animo, Antonio! Animo, que no tienen nada. Pronto estarás sano, y nos iremos de aquí, lejos de la fábrica, donde el aire y el sol puedan limpiarnos los pulmones, sucios del aserrín inmundo de la carpintería. Porque ahora soy anarquista. ¿Sabes tú lo que es un anarquista? Es un hombre que protesta. Yo protesto. Yo no quiero que te mueras. Yo no quiero el dinero. ¡Yo quiero que te salves! ¡Mírame, Antonio! Habla. Protesta. Sé rebelde como yo. ¿Verdad que tú también eres rebelde? Dime que eres rebelde. ¡Contéstame, muchacho! ¿Eres rebelde?

—Sí, don Juan.

SAN JOSE DE FLORES

Por Cordova Iturburu

Infierno, Purgatorio y Paraíso

TODAS las grandes ciudades tienen un punto de semejanza, una zona de aproximación, de fisonomía casi idéntica. Este punto, esta zona, es lo que se llama la City, en Londres; la rue de la Paix, en París; Wall-Street, en Nueva York; la Puerta del Sol, en Maldrid; el Centro, en Buenos Aires.

El pulso de la ciudad late allí. Pero es un pulso de fiebre. Un pulso tenso, agitado, doloroso. Hierro y port-land. Calles abiertas como tajos, como desfiladeros, a la sombra fría de los rascacielos de cemento. Trajín de angustia, prisa de businessmen, de empleados, de especuladores; vida dura y hostil, implacable y enérgica, infame y heroica; vida de empresa, de aventura, de sálvese quien pueda; mundo de la oferta y la demanda, de cielo ausente y nubes mancilladas de anuncios.

El hombre, allí, en ríos de desconocidos, es una bestia perseguida. El tiempo le pisa los talones. La necesidad le muerde las entrañas. La ambición lo encrespa de asperezas, le amarga los instantes. Y la lucha, la terrible lucha de los apetitos contra los apetitos, le destroza los nervios y aniquila todas sus potencias nobles, desinteresadas.

Yo he pensado siempre que la City, la rue de la Paix, Wall-Street, la Puerta del Sol, el Centro, no son otra cosa que infiernos donde el hombre paga su deuda de dolor causado en vidas anteriores. Infiernos donde sufrimos el castigo merecido por nuestras culpas, por nuestros pecados olvidados.

Y me explico, por eso, perfectamente, esa sensación de huída que producen en el espectador los ríos de desconocidos que se precipitan a la calle, desde los grandes almacenes, desde las oficinas, desde los bancos, a la hora en que hace ya tiempo que la ciudad ha encendido las luces de su feria y los negocios bajan ruidosamente sus cortinas metálicas.

Esas gentes que se precipitan apeñuscándose, maltratándose, al asalto de los ómnibus, de los tranvías, de los automóviles, — empleados, especuladores, bolsistas, hombres de negocios — huyen, en efecto, de la esclavitud, del trabajo forzado que la ciudad impone, alejándolos por todas las horas de su vida de la luz del sol, del aire de las plazas, de la dulce vida que se desliza por el barrio lejano como un río manso bajo un puente.

El barrio es el sueño del trabajado de las ciudades. Es la paz, la familia, los amigos, el descanso, la contemplación. Es, en una palabra, el paraíso prometido a los que mucho sufrieron. Pero, para llegar a él, es necesario purificarse en las llamas de esos purgatorios que son el ómnibus, el tranvía, el colectivo, los subterráneos.

El Barrio que Guarda su Secreto

Hay barrios de Buenos Aires — la Boca, Parque Patricios, Belgrano — cuyas características acusadísimas facilitan toda tentativa de retrato como esas caras, alegría de dibujantes y pintores, en las que una boca genuina, una nariz ilustre o cualquier otro rasgo sobresaliente, permiten, sin mayores dificultades, la fijación de lo fundamental fisonómico. Pero hay otros barrios sin rasgo alguno excesivamente destacado; barrios dulces y humildes hasta en esta modestia de no tentar la paleta y el lápiz ventureros, buscadores de motivos. Flores es de estos barrios. Ni popular ni aristocrático. Ni silencioso de mansiones ni ruidoso de vecindario abigarrado. Pero complejo, perfectamente complejo en la diversidad de sus aspectos, tiene, sin embargo, una personalidad, una fisonomía. Pero esa personalidad, esa fisonomía, no entregan su secreto al primero que pasa sino a la asiduidad del cariño. Para entrar en la feliz posesión de ese secreto es necesario haber vagado bajo las arboledas de sus calles, al sol de sus mañanas radiantes, en los atardeceres estirados, en las noches de ámbito agrandado por el romanticismo de algún piano lejano.

Y es necesario, tal vez, algo más todavía. Haber jugado mucho, cuando niño, en sus veredas, en sus baldíos, haber correteado las quintas y haber tenido, después en la adolescencia, una novia. Un amor de atardecer, de niña cándida que lo espera a uno en la puerta de una casa pequeña con jardincito al frente.

De la Importancia del Amor en una Fisonomía ..

Considero que haber tenido una novia es indispensable para entrar en posesión del secreto de San José de Flores, para percibir su particular encanto. Y no admito, en este sentido, réplica alguna. Y menos aún, acusación de sentimentalismo.

Para comprender la pampa, el campo criollo, ese medular argentino que va desapareciendo expulsado por la colonización extranjera, es indispensable — lo sostengo — haber montado a caballo, haber actuado en un rodeo, haber tirado alguna vez el lazo. Como es necesario ser capaz de caer de rodillas delante de la imagen de Cristo crucificado para comprender el alma austera del Escorial o el alma católica de Avila de los Caballeros. No comprendemos, en realidad, sino aquello a lo que algo de nuestra vida se vincula íntimamente. Y así como por el ejercicio ecuestre se entra al reino de los pastores a caballo y la fe católica nos abre las puertas del Escorial y de Avila de los Caballeros, es por el amor por donde se llega al corazón escondido de San José de Flores.

¿Por qué?, se me dirá.

Porque el amor es la industria de San José de Flores. No quisiera que se atribuya a esta afirmación un propósito irónico, torcido. Es la expresión de un pensamiento serio. La actividad de la Boca es marítima, o fluvial si se prefiere; la de Barracas y Parque Patricios, industrial; la de Belgrano, los deportes; la del Barrio Norte, subir al automóvil para ir al cine; la de Flores, el amor.

Esto se explica perfectamente. El hombre, la bestia perseguida que hemos visto precipitarse en las bocas abiertas del subterráneo, huyendo de la ciudad, llega a Flores; respira, por fin, hondamente, un aire limpio de la gasolina infecta de los automóviles y sus nervios se distienden en la paz de las calles donde el ruido isócrono de sus pasos es una incitación a la vida tranquila. Viene de la agitación trepidante, de la fealdad de los documentos al cobro, de la angustia de las letras y los pagarés; viene del choque terrible con los otros hombres. No es ya otra cosa que una necesidad de paz, una oscura necesidad de ternura y poesía.

Por las calles que cruza, a través de la penumbra de las arboledas, llegan a sus oídos voces y risas de mujeres jóvenes y sus siluetas claras ondulan en las veredas y se recortan en las puertas de las pequeñas casas con jardincito al frente. El necesita la ternura, la paz. Busca el amor. Ellas lo esperan.

Agréguese a esta escena el gran cielo de un barrio de casas bajas y jardines. Un gran cielo donde la luna llena brilla. Y un piano lejano. Y se tendrá — sin necesidad de otros elementos — un inobjetable final de ópera y un principio inevitable de matrimonio. La bestia perseguida por los pagarés y por las letras de cambio, la desventurada bestia acosada por el tiempo implacable, acorralada por las preocupaciones de negocios, por las urgencias económicas, por el alza y la baja, siente que se abre el cielo y ve, entrecerrando los ojos, un porvenir en que brillan los celajes dorados del paraíso.

Pero ocurre, con frecuencia, que se equivoca y su porvenir, cuando se vuelve presente, carece de celajes dorados.

Item Más

Plátanos y paraísos se enfilan a lo largo de las calles de Flores. Sus aceras corren entre las filas de árboles y los cercos bien olientes de las casas quintas. El grato olor de la tierra mojada de los jardines se une al perfume penetrante de los jazmines del país. Y el sol, el sol feliz del cielo de Flores, juega con los niños en la vereda, y así como ellos escriben nombres y palabras prohibidas en las paredes, él dibuja en el suelo el perfil inocente de los árboles vistos desde arriba.

El cielo, los árboles, los pájaros y el silencio, esas bendiciones del mundo, no se han olvidado enteramente de Buenos Aires. Pero para encontrarlos es necesario ir hasta Flores y recorrer sus calles.

Elogio de la Parroquia de San José de Flores

Envío

Flores: la última moda literaria
anda por Puente Alsina y por Palermo.
Yo que he rodado por tus calles mansas
voy a elogiarte en unos cuantos versos.

El Cielo y las Calles

Flores es una calle llena de árboles
con color a jardín recién regado,
una niña que espera en una puerta,
unos chicos que juegan y a lo lejos un piano.

En el cielo de Flores hay un montón de estrellas
que el Centro no conoce.
Otras constelaciones y una luna más vieja
tiene el cielo de Flores.

Es cielo de los tiempos melancólicos
del organito de Evaristo Carriego.
Sin exasperaciones luminosas, es limpio
y amplio, sin violencias de rascacielos.
Cialo para familia acomodada,
para tertulias en el patio,
para castos paseos,
desciende hasta la calle y como un humo
descansa en los jardines delanteros.

Vámonos por sus calles. Las conozco.
Se me dieron andando, compañero.
Tienen un alma dúctil de niña casadera.
Son complacientes con los mozos serios.
Cantan por la mañana trabajando
y acurrucan ternuras, de tarde, sobre un pecho.

Junto a la verja de una casa quinta
nos detendrá un piano romántico
a la hora profunda en que la noche
se abandona en los brazos de los últimos tangos.

Flores es tan romántico
que las nubes rojizas que desde el centro vienen
al llegar a su cielo
para ponerse a tono palidecen.

LA SIESTA ★ (Continuación de la página anterior) ★

ra—ese continuo deseo que le poseía de agradar a todos los hombres, a todos?

Nada, sólo pensar en, en, por ejemplo el desconocido de los ojos tristes? ¡Ah, no lo haría! Ya no tenía la confiada ingenuidad de antes, no era la misma... Pensó que debía irse, alejarse cuanto antes, de aquel hombre que espejaba en sus ojos, el que ella creía, muy escondido cansancio de los suyos.—Diez años no pasan en vano.

Se levantó. Su amiga la retuvo del vestido:

—¿Qué te pasa?

—Nada—dijo sin mirarla—me voy.

—Pero, espera, voy yo también.—Se echaron a andar. Cruzaron los jardines perfumados por las rosas que ya el rocío mojaba. Caía la noche. Su amiga, sin comprender, iba en silencio.

El desconocido, aun cuando su aspecto no era vulgar, marchó tras ellas. Virginia lo notó y sintió un inexplicable alivio.

El aire era fresco, purísimo. ¡Dios mío, qué le pasaba esa tarde que toda ella se deshacía de ternura!

Pasaron por el patio andaluz; cuando llegaron a la avenida, aún creían distinguir el murmullo de su fuente. Hubo una pequeña confusión: el desconocido había tropezado con Clarita y excusóse con el sombrero en la mano, mirando a Virginia. La otra ahogó una risita.

Cruzaron la ancha calzada, y hallándose ya en la plaza, recién la amiga notó que el del tropiezo las seguía, y dijo que, a pesar de su aire tan distinguido, las estaba confundiendo estúpidamente. Virginia sonrió, porque ahora, mientras por la ventanilla del automóvil que las llevaba a su casa, lo veía en el otro coche, casi pegado al suyo, se sentía la Virginia de antes y que su deseo de la siesta se realizaría.

Llegaron a la casa. Descendieron. Pasó frente a ellas el otro coche, y su ocupante, tras los cristales, tornó a clavarle su clara mirada. Virginia volvió a estremecerse. Esa misma noche, su hermano y su cuñada proyectaron una excursión a las sierras, y le pidieron que los acompañara.

—No sé. Veremos luego — repuso vagamente, mientras pensaba en cómo se arreglaría el desconocido para volver a verla.

A la mañana siguiente, su cuñada insistió:

—Ven con nosotros. ¿Qué vas a hacer aquí, en este horno?

Y en tanto la escuchaba, por las celosías de su cuarto veía el sol implacable quemando las baldosas, agostando las hojas de las plantas... Se sentía un poco avergonzada por todo lo sucedido la tarde anterior. ¿Qué nuevos desvaríos la acometerían en la insoportable siesta que la calurosa mañana prometía? Sin embargo, vacilaba aún...

Durante todo ese día, inútilmente la sacudía cada llamado del teléfono; pero, media hora antes de la partida, contemplando a su cuñada cómo ponía en las maletas los vestidos claros y livianos, aceptó, y se marchó con ellos.

Pasó unas vacaciones deliciosas, y regresó satisfecha; pero, en los veranos siguientes, en las pesadas horas de la siesta, nunca más volvió a sentirse cansada de no amar, aun cuando, algún tiempo después, se casó con aquel viejo amigo de la casa, y Clarita organizó su cortejo nupcial, con encantadoras señoritas vestidas de verde nilo.

Luisa SOFOVICH.

La Isla Maravillosa



Por
ULISES
PETIT DE
MURAT

HACE poco tiempo, los diarios anunciaron que un tal Mr. Seabrock habia comido, especialmente invitado por los caniba-s, carne humana. El apellido anglosajón no podia engañar un so- momento: los ingleses tienen un respeto humano que se mantiene ún en la presencia de los más apetitosos cadáveres. Se trataba, co-o es natural, de un ciudadano del pais de lo extravagante, Esta-os Unidos. Un ciudadano que alli no hace nada extraordinario, es no vende goma de mascar, ni dentifricos en gran escala. Sim-lemente escribe y viaja. Como reveló la vida intima de las tribus rábigas y los negros haitianos, ahora está recogiendo materiales ara un libro acerca de los primitivos conglomerados africanos: ca-bales y pigmeos.

Se trata de un personaje desaprensivo, que busca dar un pa-orama lo más humano posible de los sitios que recorre. Asi, su rimera tarea es hacerse a las costumbres, por desusadas que éstas ean, de los pueblos que visita.

La literatura de viajes y aventuras, apasiona otra vez a to-os los pueblos de la tierra, como si en ella buscaran un retorno a os dias claros y dulces de la infancia.

Joseph Conrad ha exaltado los aventureros del mar, nostál-icos y violentos. Pierre Mac Orlan dice la aventura civil, la que alla su escenario en el dédalo fantástico de las grandes ciudades. Paul Morand, relator exquisito de impresiones espirituales, nos ha ontado, con refinada manera de gran señor, sus interminables an-danzas. Pero solamente Seabrock ha logrado, con la realidad y sus igurosos elementos, darnos una impresión fuerte de verdad y fan-asia. Simplicidad es maestria; por ello Seabrock comienza a ser tra-ducido a todos los idiomas. Su último libro, "La Isla Mágica", nos rroja en un mundo extraño y encantador, dentro de un ambiente rimitivo y de una naturaleza de una inenarrable belleza.

Presentación de la Isla Maravillosa

Rodeada por el Oceano Atlántico, el canal de Mona, el Pa-o del Viento y el Mar Caribe, al SO. de Cuba, bajo un clima de xcepcional dulzura, yace la Isla de Santo Domingo, una de las más ermosas de las grandes Antillas, cuya parte Este se denomina aiti.

Lugar legendario de piraterias, nido de los corsarios más va-erosos, que asolan hace siglos el Yucatán y sus alrededores, su uelo, cubierto por salvajes selvas y esplendida vegetación, pasa por ontener tesoros fabulosos, que los bandidos derrotados en alguna atalla naval no volvieron a rescatar.

Poblada por negros espléndidos, descendientes de la raza real e los zulús, estuvo bajo el dominio francés, hasta que se procla-mó República. Luego cayó bajo el protectorado yanqui, visible en la igura de un Comisionado Militar y tropas regulares. De su época e libertad, los haitianos conservan una cláusula que impide a los lancos ocupar cargos de gobierno. Hasta los sacerdotes católicos on de color. De la dominación francesa, en las clases elevadas, uedan inamovibles los cánones galos del buen gusto, la exquisita ortesia y la instrucción elevada.

A este mundo, completamente primitivo en el interior de la sla, llegó Seabrock, con ansia de develar el carácter verdadero de ste curioso pueblo.

Perteneciente a esa América del Norte nueva, visible en el spiritu de sus grandes escritores — Dreiser, Lewis, Heminway, Gold, Sandburg, Anderson, etc. — no adoptó temperamento, ni ai-es de conquistador. Rehuyó la versión oficial, acomodaticia, de las utoridades y trabajó por su propia cuenta. Veamos cómo.

El sirviente providencial

Seabrock se alojaba en el Hotel Montagne. Alli habia tenido primera sensación de la inaudita riqueza del clima. Cuentan otros iajeros que, junto a la amplia galeria, hay unos árboles que dicen "Peligro", para prevenir a los huéspedes del riesgo que entrañan ara sus cabezas los cocos, que a la menor brisa se desprenden, con na abundancia con vistas a una rápida hospitalización del agracia-o por la alli prolifica madre naturaleza.

También el primer toque de lo mágico. En efecto, buscaba lquilar una casa y recorria los barrios de la ciudad, cuando, sin aberlo interpelado, se le acercó un nativo, de ropaje en pésimo es-ado de conservación, afirmando que les indicaria la casa que de-a ser de ellos (de Seabrock y Katie, su mujer).

Dado a la aventura y pensando que este hombre le podria er de gran utilidad, Seabrock no vaciló y yendo con él, alquiló la etirada mansión que el nativo le ofrecia.

Luis se llamaba y quedó tácitamente incorporado al servicio. Poco a poco fué abandonando su natural reserva. A las preguntas e Seabrock, sobre los ritos mágicos, respondió que su madre "Ma-a Célie", conocia el asunto. Se propuso una visita conjunta al in-terior del pais. Seabrock se hallaba ya sobre la pista de la magia egra "Voodoo", cuya existencia niegan informes oficiales yanquis.

La víctima humana

El viaje se emprende. Luis es recibido en su pueblo con gran-es muestras de cariño. Halaga a los lugareños el triunfo económi-o de su convecino, visible en los zapatos con que reaparece, consi-erados verdaderos articulos de lujo.

Mamá Célie, acoge benévolamente al extranjero. El modo se-uro y dado de Seabrock le acerca muchas simpatias. Mamá Célie s sacerdotisa del culto "Voodoo" y promete iniciarlo en sus mis-erios.

Después de muchos conciliábulos, Seabrock es introducido n "La Casa del Misterio". La cosa debe hacerse silenciosamente, orque el gobierno persigue estas manifestaciones de magia. Cuan-o Seabrock entra al santuario se apercibe de que un rincón, como n estado semihipnótico, yace Catalina, una muchacha joven, que omará importante lugar en el ritual. En efecto, el sacerdote, que unto con Mamá Célie ejecuta el culto, la conduce al lado del altar onde, atado, se halla un macho cabrio.

Indudablemente, Catalina es la victima humana del terrible misterioso "Voodoo".

Substitución y bautismo de sangre

La pieza donde se halla el altar está ocupada por gran nú-ero de negros que, en la obscuridad, se encuentran inmóviles y tentos.

Se inicia el culto cerca de un altar, ocupado por gran canti-ad de objetos, muchos de ellos pertenecientes a la religión católica. Además, hay ofrendas de alimentos, dedicadas a los dioses. Las in-vocaciones comprenden una complicada teologia "Voodoo" y re-os al "Hermano Jesús". El momento solemne del sacrificio, se acer-a. Al alzarse el cuchillo del sacerdote, Catalina lanza un grito pa-ecido a un balido. En cambio, el macho cabrio gime como una mu-er; la substitución se ha operado. El sacerdote sacrifica al animal. u sangre es recogida en un cuenco por Mamá Célie. Catalina exhala n grito de agonia y cae presa de convulsiones.

Seabrock bebe la sangre del sacrificio. Es incorporado al rito "Voodoo" y provisto de un raro amuleto, conteniendo restos de osas variadas. Con él se halla protegido contra las acechanzas de os magos, en que los haitianos creen, y sobre los cuales cuentan asos espeluznantes.

Mamá Célie lo declara su ahijado. Todo marcha bien, en me-io de la alegria de los fieles, hasta el dia que Seabrock casi pere-e, por culpa del dios-hombre.

Extraño caso del dios-hombre

Seabrock prosigue su relato fiel con maestria consumada. Sus omentarios circunspectos añaden fuerza a la extraordinaria acción ue le da, inconscientemente, el primitivismo extraño de un pueblo.

Asi nos cuenta cómo una tarde se hallaba comiendo, cuando e repente uno de sus amigos "Voodoo", Manuel, le exigió se pu-iera de pie.

El tono respetuoso que los lugareños siempre usaban con él, le hizo reparar, con gran asombro, en la desusada descortesia de Manuel.

Este, al no verse obedecido, avanzó resuelto hacia Seabrock. El escritor comprendió que algo decisivo sucedia y optó por obedecer al negro.

Justo en ese momento apareció en la puerta un hombre con rostro extraviado y descompuesto. Lo seguia una multitud reverente y silenciosa. Poco a poco algunos se fueron acercando. Las mujeres le colocaban collares y otras alhajas. Los hombres afirmaban que un dios se habia encarnado en aquel vagabundo: le seguian humildemente, con rostros angustiados por una especie de furor mistico frio.

Reunidos los encargados del culto, el presunto dios fué conducido a la "casa del misterio".

Alli, el vagabundo, que mantenia un paso hierático y alucinado, solicitó casi sin palabras, poseido de su majestad, que le dieran de comer.

Inmediatamente se le dieron alimentos y bebidas escogidos. Se le dejó al pie del altar.

Al clarear el dia siguiente, Seabrock le vió dormido, despojado de las alhajas con que las mujeres habian creido recoger algo del poderoso influjo del idolo encarnado. Volvia a su condición miserable de vagabundo. Y ya nunca más se aludiria al hombre-dios, cuya presencia casi dió final a la aventura del súbdito americano Seabrock.

En el hierático negro de hacia unas horas, no subsistia el más minimo rastro de grandeza.

Presidente y poeta

Seabrock vuelve a la ciudad. Es recibido en el palacio de gobierno. Alli conoce al presidente, Dr. Borno, hombre de color. Es invitado a una reunión donde tienen acceso muy pocos americanos. Seabrock, que casi nada le resta por conocer en materia social, se encuentra con una fiesta como sólo le fué dable contemplar en Paris.

Se trata de un garden-party. La habitual frivolidad de las reuniones de esa especie se corrige gracias a un manifiesto derroche de espiritualidad.

Baila con mulatas esbeltas como estatuas, en las que se ha hecho carne el sentido del ritmo. La gratuidad absoluta de la belleza, se le manifiesta por medio de la danza.

Es llamado a un grupo que forman el Presidente y sus amigos. Alguien recita unos versos impecables, escritos en francés. Figuran en la "Antologia de Haiti", publicada con gran éxito en Paris. Son del presidente Borno.

Seabrock piensa con ironia en su pais, que se cree tan culto y civilizador. Y se imagina a Coolidge, el Presidente yanqui, recitándole poemas a sus ministros.

Después escucha, en la mayor reserva, una anécdota terrorifica.

Esos jardines anchos, donde los árboles son amistosos y las flores manifiestan su vida cortés y reservada, fueron teatro de un acontecimiento terrible.

Fué hace ya mucho tiempo. Por aquel entonces los presidentes eran verdaderos tiranos. Ejercian un poder discrecional.

La hija de uno de ellos se hallaba incorporada a los ritos "Woodoo".

Una noche, de esas tropicales, densas, lentisimas, apareció la muchacha en el jardin. Llevaba una bandeja de plata. Se acercó a unos guardias que vigilaban el palacio.

Al influjo candente de su mirada, los hombres permanecieron de pie, inmóviles. Estaban poseidos de una obscura fascinación.

La horrible doncella

La doncella se acercó más aún, lentamente. Desenvainó un fulgente puñal: una estrella más en la noche. Lo hundió en la garganta de uno de los guardias

Los otros no hicieron ningún movimiento para salvarlo. Con

La Isla Maravillosa (Continuación)

gesto resuelto recogió la sangre del moribundo en la bandeja.

. . Y en tanto que serena y horrible, la endemoniada regresaba a palacio, nada, en el ambiente claro y dulce, delató la acción obscura, el crimen, que acababa de cometer.

Testigos presenciales aseguran y reiteran la verdad de la tradición. Afirman que todo pasó como ha sido descripto. La noche mortal ha sido sellada por el tiempo. El brazo segador de vidas yace en el polvo.

Y algo lúgubre, lejano y nostálgico, flota entre la maraña inextricable del parque.

El periodista negro. El sabio atorrante

Una tarde, estando conversando con el presidente de la Cámara de Comercio Americana de Haiti, apareció a saludar a éste y al escritor un nativo, dueño de un diario defensor de los intereses locales y muy nacionalista.

Alcanzó un ejemplar, con tinta fresca aún, y dijo alegremente:

—Se ocupa de usted, Mister Seabrock.

El escritor agradeció y abriendo el diario se encontró, con su enorme asombro de blanco, ante un suelto casi injurioso. En él se prevela que Seabrock escribiría algún libro absurdo y fastidioso, lleno de acotaciones acerca de la necesidad de que la civilización blanca obrara fuertemente en Haiti.

El escritor reaccionó, dándose casi por ofendido. Con amistosa sonrisa, el periodista negro, mientras sorbía su "cocktail", le dijo:

—¿Y cómo piensa Mr. Seabrock que yo podía elogiar a un americano? Personalmente Vd. es un grande y apreciado amigo mío, tal como el aquí presente honorable miembro de la Cámara de Comercio, a quien trato de "inicuo conquistador", "encarnizado explotador" y otras lindezas. Yo no puedo en realidad defraudar a mis suscriptores, que esperan siempre algo sensacional y pérfido de los americanos.

El enojo de Seabrock cedió ante las sólidas razones de periodista ágil y moderno que caracterizaban al negro.

Otro tipo curioso conoció poco después el escritor. Se hallaba de visita en el nuevo y confortable hospital americano, en compañía de un médico amigo, interno del establecimiento, cuando se les acercó el director, flamante como el edificio.

—Doctor, — le dijo el médico interno — contra el muro está durmiendo un vagabundo. Si se trata de un enfermo hay que internarle y si es un merodeador darle el largo.

Los tres fueron hacia el sitio donde plácidamente dormido yacía un hombre vestido de harapos. El director, con la punta del pie le despertó. Se levantó el vago con rostro soñoliento. El médico interno lanzó una carcajada y dijo:

—Tengo el gusto de presentarle al doctor Eckmann, miembro de tal y cual sociedad de ciencias, corresponsal de la Real Academia de Suecia, especialista en botánica, etc.

Se trataba de uno de los más grandes sabios del universo, que en jira de estudio de la flora se hallaba en Haiti.

Este hombre extraordinario, devocionado con un terrible exclusivismo a su especialidad, no se preocupa de su vestido. Viaja a través de bosques y matorrales donde ni la planta del negro ha dejado aún sus huellas. En los ranchos solicita su alimento. Lleva un cuerno con agua y un machete para abrirse paso en la espesura, como todo equipaje.

Sin embargo, una vez le pusieron cuello de celuloide y le afeitaron bien, para que concurriera a un té de la alta sociedad.

Una señora, para congraciarse con el sabio, se expresó en términos elogiosos acerca de la botánica, por la cual afirmó tener predilección, ocupándose de algunos trabajos de clasificación de especies raras.

Eckmann le contestó sencillamente:

—Señora: con su cabeza de pájaro es posible tejer o leer novelas frívolas, pero no abordar algo tan profundo y difícil como la botánica, que me ha costado treinta años de mi vida, sin que sepa gran cosa al presente.

El éxito social del naturalista fué, como es de imaginarse, escaso. No le volvieron a invitar.

Retornó a sus largas excursiones, de frente a la ancha brisa, y a los bosques y a la montaña, durmiendo bajo la triante claridad de las estrellas.

Una muchacha resuelve el problema de la desocupación

Seabrock visitó luego la pequeña isla de Séogane. La autoridad era ejercida allí por una especie de sargento, comisionado militar americano.

Existía una reina y su corte cuando llegó éste. Su actitud diplomática fué confirmar el poder de la gordísima dama que ocupaba el alto cargo. Como agradecimiento, ésta le coronó rey.

Desde entonces todo marchaba bien. El militar distribuía una simpática justicia, especie de "cocktail" muy bien mezclado de ordenanzas americanas, costumbres del país y reminiscencias salomónicas.

Durante la estada en el país de Séogane, el escritor vió un caso interesante.

Una muchacha fué apresada, junto con dos lugareños, por una especie de subdelegado. Estaba acusada de insultar la autoridad americana. A los hombres se les pretendía aplicar la penalidad que en Haiti han importado los yanquis contra la vagancia.

Traída a la presencia del militar respondió valientemente a los cargos. Ella no había insultado al soldado americano como tal, sino personalmente, porque quería obligar a trabajar a sus compañeros, en provecho propio. Estos no estaban desocupados: como amantes suyos que eran, ella proveía a su alimentación y no necesitaban trabajar.

Hubo que soltarlos a todos y amonestar al soldado por abuso de autoridad.

Se alejó la muchacha, haciendo vibrar el aire con melopeas lentas y dulces, mientras su cuerpo cimbraba muelle y elástico, orgulloso por el triunfo obtenido.

Muertos que trabajan

[illegible] la mención de los "zombies". Se llaman así, los cadáveres que por medio de la magia negra son reanimados poco tiempo después de morir.

Aunque desprovistos de alma, pueden ser utilizados para toda clase de trabajos.

Se cuenta que un matrimonio consiguió tener muchos en su poder. Los ofrecieron en contrata en los campos de algodón, y los hacían trabajar en provecho propio. Un día, la mujer pensó que llevaban una vida tristísima. Y decidió conducirlos a una fiesta popular. Mientras la procesión y los bailes tenían lugar, la mujer se torturaba, imaginando que los míseros "zombies" sometidos a una alimentación sin sal, desearían algo más apetitoso. Y les dió algunas viandas que la contenían. Inmediatamente de haberlos ingerido los "zombies", en medio de grandes alaridos salieron corriendo hasta llegar a sus tumbas, en las que caían descompuestos.

El narrador prometió a Seabrock mostrarle que existían los engendros mágicos. Un día le condujo a un campo de algodón. En él trabajaban hombres poseídos de un extraño automatismo, de ojos inexpresivos y ademanes torpes, maquinales.

¡Cadáveres, no!, se dijo Seabrock. ¿Serían gentes que habían rodado al vértigo misterioso de una locura especial, o simplemente a la densa noche del idiotismo? ¿O en ellos se cumplía, quién sabe por qué temible procedimiento, un fenómeno físico provocado por raros preparados?

El lúgubre problema, con los elementos de juicio que Seabrock tenía a mano, quedaba sin solución. Lo cierto es que el dueño de los campos era un ser duro, de porte maligno, que veía con desconfianza cualquier invasión a sus dominios.

Poseedor celoso de algún horrible secreto, que quizá nunca se develaría, su mutismo infranqueable sellaba el misterio.

Comedores de corazones

Después de muchos tanteos y trabajos, Seabrock fué admitido a las sesiones de Papa Nebo.

Una muchacha, cubierta de levita y pollera, ostentando galera de felpa, en pleno dominio de lo absurdo, oficiaba ante el altar de cráneos.

Acudían a sus conjuros hombres y mujeres que solicitaban de la sacerdotisa datos, predicciones y talismanes. Todo un pueblo histerizado por el temor de un más allá miserable y temible, dispensador de goces inenarrables y desdichas espantosas, reclamaba un amuleto para que un amor no se perdiera o para que pudiera perecer un enemigo.

Papa Nebo, sacerdotisa del repugnante culto, repartía desechos de cadáveres, en cuyas virtudes creían los fieles. De algunas partes, para usos inconfesables, grasa del cerebro, para afilar cuchillos que ya nunca fallarían, trozos de corazón, que [illegible] al que los ingiere, [illegible] Sin embargo, subsisten intactos, y Papa Nebo se procura los cadáveres necesarios. Al leer esto, recordamos el cuento de Morand, en "Magia Negra", donde los súbditos se reparten el cuerpo del rey, para comérselo y adquirir sus virtudes.

Y, naturalmente, creíamos que estos relatos pertenecían al dominio de una tradición, relativamente lejana.

Seabrock prueba lo contrario.

Acotación final

Dar una idea aproximada de otra cosa que no sea la parte anedóctica del libro "Isla Mágica", de Seabrock, es muy difícil. Ella apasiona desde un principio, aún sometida a un desorden que copia con maestría, el film irregular de la vida.

Su estilo, como el de casi todos los americanos actuales, se distingue por una cualidad primordial: la fuerza.

Para llenar su deseo de dar una aguda sensación de vida, Seabrock descarna voluntariamente sus párrafos, les somete a un ajuste, que da por resultado una extensa claridad de pensamiento y un relieve enorme a la acción.

Sus retratos de personas son de un singular verismo. Con dos o tres rasgos de carácter y algunos pocos accidentes físicos, Seabrock da una idea suficiente para la intelección de los seres humanos, que brevemente, como en sucesión cinematográfica, aparecen en su obra.

Desde que la gesticulación, vida o conversación de un personaje carece de interés inmediato y apasionante, Seabrock le abandona para abordar, inquietamente, otros problemas, lugares o seres.

Por ello es que Seabrock partió de Haiti y se halla en Africa.

Su obra gusta porque en nosotros no ha muerto aún el niño que encantaban Swift, Stevenson y Verne.

La lectura de estos libros es tan linda y triste como el ver tenderse las luces de una ciudad lejana, desde el barco o el tren, que, al partir, nos va agravando la nostalgia.

ULISES PETIT DE MURAT.

Bocetos de Nuestra Ciudad

*** (Continuación de la Página Dos) ***

EL bar automático, como los ómnibus, se estaba esperando en la ciudad. No hay más que ver la gente que se traga diariamente. O la gente que se lo traga a él, que es lo mismo. Toda esa gente esperaba el bar automático.

Al pasar hoy frente al bar veo en primer término, cerca de la puerta, una pareja rara. Me detengo y los miro. Para que no se extrañen de mi extrañeza, disimulo, entro y echo una moneda en cualquier ranura.

Es una pareja aparentemente común, pues viste más o menos como todos, a medio pelo, sin desastre ni elegancia. Se ve que son dos extranjeros: pero ¿a quién pueden extrañar dos extranjeros en Buenos Aires?

Y sin embargo, yo he notado en ellos, aun antes de discernirlo, una rareza. Juntos los dos, una bebía de una taza y en seguida le daba a beber por la misma taza al otro.

Se trataba, sin duda, de un matrimonio. El marido tomaba



Ese matrimonio — pensé — no es de aquí

caldo en un amplio tazón. La tomaba sin empinar el codo, midiéndose, como si tuviese que tomar nada más que hasta cierta medida. Luego, le pasaba la taza a la mujer, y tomaba ella, también con parsimonia, sin apurar el trago. La mujer ponía la taza en la mesa próxima y continuaban comiendo su frito, uno frente a otro, totalmente despreocupados de mí y de cuanta gente tenían a su alrededor, entre la que había no pocos que, como yo, los observaban.

Pensé al instante: este matrimonio no es de aquí. Bastaba ver su catadura desenvuelta y "demodé" para advertir que eran extranjeros. De modo que mi observación no tenía nada de genial. Pero yo no pensé que no eran de aquí por su catadura. Pensé que eran extranjeros al verlos tomar ingenuamente por la misma taza en público, sin el más remoto temor al ridículo de la pobreza, que nosotros, más miserables que ellos, sentimos extraordinariamente.

Un matrimonio de aquí no habría pedido un plato para dos, una taza para dos, a no ser que tuviese la perspectiva de hacerlo privadamente. No habría confesado que compartía una ración sola. Le habría dado vergüenza confesar que no tenía dinero para pagar dos raciones.

Pero aquel matrimonio no revelaba la menor preocupación por el ridículo de ser pobre. Aquel matrimonio no fingía. ¡Qué ventaja nos llevaba! Aquel matrimonio aún podía ser feliz en su pobreza. No era de aquí.

☆ ★ ☆

TODOS los viernes, de quince a diez y siete horas, toca en la plaza la banda del regimiento.

La plaza es menudita, arbolada, con césped reo y guijo y arena. No es una plaza predilecta de la municipalidad. Es una plaza de barrio pobre.

Toca la banda del regimiento, un sí es no es fanfarria, con mucho cobre, con mucho bombo, con mucho ruido. Empieza invariablemente su programa vespertino con una marcha. Las marchas sirven lo mismo para llegar que para irse. También toca una marcha cuando termina.

Entre marcha y marcha — cobre, parche, estruendo — la banda desarrolla una lánguida teoría de tangos y otros bailables más o menos de moda y más o menos bailables; y como el director es un bigotudo italiano de aquellos que estudiaron en el conservatorio de Milán con Ponchielli, la banda se apunta, invariablemente también, con una ópera del bello país del arte.

Poca gente escucha la banda. No es que falte gente desocupada en la ciudad: es que falta afición. Además, sobran altoparlantes de radio, que hacen inoficiosos los soplidos de los músicos del regimiento. Hay algún trabajador que espera la hora de entrada, alguno que espera el día, un vagabundo, una niñera.

Pero no falta nunca el grupito de los viejos del barrio. Son los viejos jubilados de un empleo público o de la mercería. Trabajaron su adolescencia, su juventud y su madurez en una oficina tétrica y sucia, tras el mostrador de una tienda de corbatas y calzoncillos; hicieron méritos, los unos para que los mandasen a casa sin dejar de pagarles el sueldo; hicieron plata los otros como para construír una casita de renta o tener depósito en caja de ahorros; y viven consumiendo su exiguo capital o sus intereses.

Los viejos han cumplido su misión en la vida. Ya no tienen que hacer. Podrían los bolcheviques desalmados darles una preocupación si se alzaran con el gobierno público. Pero hay quienes velan por que los bolcheviques no se alcen con nada. De modo que su rentita corre y su vida puede deslizarse llana, a la espera del ataúd.

Por eso concurren a la tarde a la plaza del barrio a escuchar la banda. Son siempre los mismos: el que tiene en constante movimiento su mandíbula para cerciorarse de que le faltan todos los dientes; el que deja que los lentes de plata le cabalguen el tubérculo de la nariz; el que tose, el que renquea, el que se echa la ceniza del cigarrillo en las solapas. Siempre los mismos. No se conocieron mientras trabajaron. Se conocen ahora que huelgan.

¿Son amigos? A los sesenta años y con jubilación, no hay tal amistad. La vida ha perdido todo poder de simpatía. No son amigos. Pero por eso mismo tampoco son enemigos. Son piedras. Las piedras se chocan indiferentes. Hablan todos, pero ninguno escucha. Todos se tienen oído lo que habían de oír en la vida.

Yo los miro sin saber si compadecerlos, sin saber si envidiarlos. Han trabajado para descansar; muy bien; pero ¿qué tienen ya que hacer en la vida? ¿Es posible vivir sin tener nada que hacer?



Por eso concurren a la plaza...

José Gabriel.

EL ESCRITOR

Por.

A. GERCHUNOF

I

LA pregunta es: ¿Debe el escritor actuar en política? Y yo pregunto: ¿Puede dejar de hacerlo? Si se entiende por política militar en un partido organizado, que requiere de sus miembros sometimiento a doctrinas dogmáticas, la situación del escritor o del artista en sus filas no tardaría en volverse incómoda. En política se representa una verdad fija, esto es una convicción sobre un conjunto de problemas, que adquiere el aspecto de un sistema rígido, sin el cual carecería de fuerza el hombre de acción. El escritor, que representa esa verdad y también las otras verdades, que observa los fenómenos sociales con un criterio más libre, se encontraría con graves dificultades para desarrollar su pensamiento. Los novelistas franceses que actúan en el catolicismo combativo tropiezan ahora con la insoluble dificultad de no saber cómo acordar el desenvolvimiento de su obra artística con las ideas que profesan. Su concepción católica los lleva en una orientación que difiere de su concepción personal del arte. Es un conflicto que se resuelve invariablemente con perjuicio del artista o con menoscabo del militante. Y este hecho se repite en cada manifestación política del escritor. Por lo tanto, la política del escritor debe alejarse en lo posible de las limitaciones que impone necesariamente la actuación en los partidos, con excepción de aquellos que por su propia amplitud de programa toleran la libertad y complexidad de espíritu del hombre de letras, en quien la unidad de sentimiento con que sirve a un fin no excluye la versatilidad filosófica. Por otra parte, el escritor actúa siempre en política. Opinar sobre hechos, discutir acontecimientos, reflejar en la creación imaginativa cuadros de la sociedad, sintetizar su composición en figuras vivientes, es hacer política, porque es influir en la conciencia de la sociedad en que vive. Nada de lo que ocurre en el país o en el mundo deja de repercutir en el escritor. El escritor a quien resulta indiferente el dolor del país, o el dolor de la humanidad podrá ser un artista en el sentido deportivo o suntuario de la palabra, esto es un literato; nunca será un escritor ni su obra tendrá vida porque le faltará lo primordial, lo genésico en el arte, que es la pasión, la simpatía activa.

II

—¿Por qué no actúo en política? — Actúo. He escrito abundantemente sobre política, no ya como periodista anónimo, sino como escritor. En todo lo que no es puramente trabajo de imaginación en mis libros se revela una constante preocupación de política inmediata o de problemas sociales del país. Todo escritor es moralista; todo moralista es un político. Esto se ignora en nuestro país porque sus gobernantes y sus legisladores viven en perpetua desconfianza de la inteligencia. Lo que ellos hacen lo haría el escritor con más éxito, con más eficacia, con más profundidad y belleza porque lleva en sí una responsabilidad de futuro que la política habitual no tiene el derecho de atribuirse.

III

—¿Qué orientación tendría yo en política? —La que tengo. Soy conservador y soy revolucionario. Enemigo del orden impuesto, aspiro al continuo perfeccionamiento del orden consentido, que nace de la voluntad unánime, en cuya ilustración gradual debían trabajar todos los hombres, empezando por el escritor. No pertenezco a la izquierda ni a la derecha. La política se enuncia en problemas y los problemas se solucionan y no se postergan. Se solucionan con un sentido de justicia, de lógica, y no de clase aislada o de interés parcial. Por esto creo ser revolucionario, y soy conservador porque aspiro a que los problemas que suscita la actualidad se definan y desarrollen hasta sus últimas consecuencias lejos de las sacudidas catastróficas.

A. GERCHUNOF.

¿Quiere Vd. Morir Conmigo?

Por Angela Tesada

Hace días creo sentir una sensación extraña. No he cometido ningún exceso y cuido mi vida como una reliquia; sin embargo se dirá que en mi cerebro falla algún resorte.

Anoche me retiré temprano. No pude conciliar el sueño.

Ante mis ojos la noche se sintetizó en una ala negra que se movía lentamente y se acercaba a mí como para envolverme. Horrorizado, varias veces envolvíme en la sábana, para aún debajo de ella yo alcanzaba a ver su movimiento.

El sueño no llegaba.

En mi cerebro bullía un mar borrascoso que inmovilizaba en mis ojos la horrible mirada que había encendido esa ala negra de quién sabe qué monstruo que se movía y se movía...

De pronto vi la ventana abierta. Corrí hacia ella y la cerré con estrépito como queriendo castigar en la inconsciencia de su madera esa angustia que ya se me subía a la garganta y amenazaba ahogarme.

¿Qué había hecho yo, para que la noche, como un asesino que exige la bolsa, me arrinconara infamemente en mi lecho?

Quiero levantarme.

Salir a la calle.

Correr.

Gritar.

No puedo. Mi garganta no articula. Mis ojos no se mueven.

El terror todo vestido de roja se ha filtrado por las paredes y se acerca hacia mí.

La tenuidad de mi sábana me defenderá.

Mis manos se harán garfios y se hundirán en su garganta.

¡Ya viene!

¡Ya está a un paso!

¡Ya se echa sobre mí!

Yo extiendo mis manos cuya rabia se eriza en diez uñas afiladas.

Un grito. Otro grito... y después nada...

Me toco la cara. Mis ojos tienen la pétrea inmovilidad del hielo. Las manos parecen bañadas en sangre.

El terror se ha ido. El ala negra adquiere un color ceniza.

Lo he vencido.

En mi mesita de noche, gotas rojas han condecorado el pecho de mi novia. Una ha caído sobre el corazón. Mal presagio.

Rompo la fotografía.

Abro un cajón y saco un revólver; también tengo veneno y cuchillo. En lo que me falta de la noche voy a pensar qué muerte me conviene.

Ya que nadie ha hablado de mí en vida, hablarán cuando esté muerto.

Además quiero probar la fidelidad de mi novia.

La muerte reviste de poderes sobrenaturales a todo ser humano y yo quiero tenerlos.

• • •

El reloj de la iglesia cercana me anuncia que es hora de levantarse.

No iré a la oficina. Un hombre que va a morir no necesita trabajar.

Me visto y salgo. La calle me parece rara. Yo no sé por qué la gente se afana en conseguir dinero si sabe que va a morir, si sabe que cuando se muere...

Indudablemente soy un hombre superior. He pensado con suma tranquilidad una idea que para todos es el máximum de la desesperación.

Morir!!

Así como un millonario se toma el lujo de hacerse un castillo de oro, yo me tomaré el lujo de matarme sin estar en la miseria ni cansado de la vida.

Pasa a mi lado una mujer bonita; cortésmente la detengo.

—¿Quiere usted morir conmigo? — le pregunto.

Me mira azorada, hace la señal de la cruz y huye.

Yo pienso: naturalmente, es una mujer hermosa, cree que su belleza le deparará muchas comodidades y no quiere morir.

Las verdades más lógicas son las que se basan en suposiciones.

Acierta a pasar una fea, de una fealdad que espanta y repito la pregunta. No sólo huye sino que me insulta. Seguro, cree que le he demostrado mi convencimiento de que es fea.

Probaré con los hombres; quizás tenga más suerte.

Detengo a uno que viaja en rumboso Packard; no he terminado de preguntarle, cuando riendo estentóreamente me dice: Tengo mucha plata que gastar. Y sale disparando. El único recurso que me queda es tener por compañero a un hombre en la miseria y cargado de hijos.

En su busca voy.

Me intereso en un barrio sórdido y encuentro uno.

—Ah! no!, me dice con una voz pastosa de alcoholista, un día de estos voy a empezar a trabajar.

Me afirmo en la creencia de que soy un hombre superior. Me parece que sólo un gran espíritu como yo puede ir a la muerte así porque sí, por el puro placer de morir.

¡Bendita sea mi superioridad!

Si no me hubiese propuesto ir a la muerte hubiese conquistado el mundo. Pero ¿para qué? Ser dueño del Universo es menos grande que ser dueño de la muerte.

Lo que me desespera es no encontrar compañero o compañera. No cejaré. Seguiré buscando y he de encontrar.

El recuerdo de mi novia vuelve a llenar mi mente. ¡Haber empezado por ahí!

Corro hacia su casa.

Me detengo en una esquina. He olvidado dónde vive. Hurgo en mis bolsillos y encuentro una tarjeta.

Ya sé a dónde ir.

Cuando llego a la cuadra donde vive veo movimiento inusitado frente a la puerta de su casa.

Voy a entrar. Un agente me detiene.

—¿Quién es usted? — me grita.

—Soy fulano de tal, le digo.

—¿Entonces usted es el novio... ¡pase!

A mis oídos llega un rumor de voces que dicen: ¡pobre!

Entro. Mi futura suegra se arroja en mis brazos, llorando. Toda la familia estrecha a mi alrededor un cinturón de dolor.

El más sereno me explica.

—Ella te quería mucho, pero un malvado la perseguía. No le dijo no, por temor a una represalia. Cuando supo que era tu novia la mató.

Un sollozo hizo más aguda la palabra.

—Ahí está, me dijo. Abrió una puerta.

Un cuerpo tendido. Una mancha de sangre a la altura del corazón y varias más pequeñas a su alrededor.

No pude contenerme:

—Yo la maté! ya! ya!

Mi desesperación alcanzó a oír la frase de un agente: —Pobre, está loco.

Salí de la casa.

Ya no moriría.

Quise ser en el mundo el único hombre feliz que se suicidase.

Ya no soy feliz.

Y para morir por la misma causa que se matan todos, no vale la pena.

De hoy en adelante torturaré mi ser otro gran cilicio: la vida.

Angela TESADA.





PASTILLAS PECTORALES GOTAS DE ORO